

ORIGENES

REVISTA DE ARTE Y LITERATURA



ORÍGENES

REVISTA DE ARTE Y LITERATURA

EDITORES:

JOSÉ LEZAMA LIMA - JOSÉ RODRÍGUEZ FEO



Todas las colaboraciones y traducciones
son inéditas.



Ejemplar suelto \$ 0.50

Suscripción al año „ 2.00

Suscripción en el extranjero . . „ 2.50



Redacción y Administración:

J. RODRÍGUEZ FEO, Calle B, entre 12 y 14.
Repácto Almendares. La Habana, Cuba.

Talleres:

Impresores: ÚCAR GARCÍA, S. A.
Teniente Rey, 15 — La Habana, Cuba

SUMARIO

Biblioteca Nacional JOSE M-RT.
HEMEROTECA
DUPLICADO #21

GEORGE SANTAYANA: *Epílogo a mi anfitrión el Mundo.*

JORGE GUILLÉN: *Antonio.*

FINA GARCÍA MARRUZ: *De las miradas perdidas.*

VIRGILIO PIÑERA: *Falsa alarma.*

VICENTE GAOS: *Así.*

RODOLFO TRO: *Sir Charles Augustus Murray.*

SIR CHARLES AUGUSTUS MURRAY: *Visita a Cuba en 1836.*

NOTAS

CINTIO VITIER: *En la Calzada de Jesús del Monte.*

SEÑALES

La otra desintegración.

Portada de
CUNDO BERMÚDEZ

ORÍGENES

AÑO VI

LA HABANA, 1949

NUM. 21

Epílogo a mi anfitrión el Mundo*

Traducción autorizada especialmente por el autor para ORÍGENES

El mundo está poblado de personas y lugares; ellos individualizan a sus componentes. Yo he dedicado más horas de ocio a describir algunos que perduran en mi memoria. Mis recuerdos son insignificantes: no los he valorado y descrito en la medida que asumieron importancia como temas en el gran mundo. Sólo retengo en la memoria algunas viejas miniaturas o perspectivas que llamaron mi atención cuando todavía las personas eran jóvenes y los lugares estaban desiertos—no aderezados para recibir como suele acontecer con los museos, bibliotecas, los salones de baile y las grandes mesas listas para el festín. Fueron los primeros vistazos del mundo que amé y llevo dentro de mi corazón. Fueron mis únicos consuelos.

* Fragmento inédito de la *Autobiografía*. El tercer tomo, que incluye estas páginas, aparecerá próximamente en inglés.

El contraste entre estos vislumbres pintorescos y el mundo inmenso, oscuro e inexorable del que surgían me obligaron a hacerme una idea de ese mundo material. El mundo de mi familia fué el mar: formado de oficiales coloniales y grandes comerciantes. Desde muy temprano, aprendí a contemplarlo como un gran globo con una superficie totalmente de agua salada; un despoblado traicionero y hostil a la humanidad, pero tentador, bello y abundando en animales primitivos e indómitos—a veces deliciosos al paladar. En suma, mis ojos se abrieron a un mundo que creía inhumano, no hecho para el hombre, pero sí habitable y con prudencia explorable en diversas formas. Toda experiencia posterior ha confirmado esta opinión mía.

Todas las satisfacciones posibles tenían en común una peculiaridad: me entregaban algo en sí perfecto, consumado, defi-

nitivo. El mar, tras toda clase de tormentas, retornaba a su placidez y equilibrio natural; sus posibilidades eran limitadas. La inmensidad y la furia de la naturaleza, aunque desafiaban y a veces diezmaban la raza, no la deshumanizaba en nada. La cualidad del bien accesible al hombre podría sufrir un cambio, así como las condiciones necesarias para su logro; pero el camino siempre está libre, en un momento dado, a la persona y al espíritu condicionante. Las artes tienen su momento histórico; y la gran cuestión no es en qué época vivimos ni qué arte cultivamos sino cómo llegar a perfeccionar ese arte en las circunstancias dadas.

Fué Lucrecio mi gran maestro, el que me educó a simpatizar con la Naturaleza. Poetas y filósofos románticos, al hablar de la naturaleza, aluden sólo al paisaje, o a otras impresiones adquiridas desde perspectivas aéreas, armonías sensibles de color, forma o de intoxicaciones vitales, como las que se ejercitan en el cabalgar, el viajar o escalar montañas. Adoran a la Naturaleza en la medida que ella intensifica la consciencia de sí mismo; la estiman porque administra a la comodidad y lujo humanos. Por lo demás, queda ignorada como despreciable, muerta o no-existente. Si son personas de temperamento duro y agresivo anhelarán una naturaleza que les sirva de muelle donde dejar caer los golpes e inscribir sus iniciales. Desconocen, y menos les importa, de dónde proviene la fuerza humana o a qué meta puede encaminarse la existencia humana.

Se sintió arrojado mi espíritu a este mundo político y social cual un Robinson Crusoe en su isla. Ambos éramos criaturas de la misma Gran Naturaleza; mi mundo, en su geografía y astronomía, como la isla de Robinson, tenía bases más formidables y antiguas que la frágil barquichuela hecha pedazos. En su estructura social y política, mi mundo se asemejaba más a la personalidad enérgica de Robinson Crusoe: porque mi isla estaba poblada densamente; una ciudad fea, una familia parsimoniosa, una escuela vulgar. Sus ciudadanos más perturbadores componían ese cuerpo al cual mi espíritu estaba arraigado; tan sólidas eran las raíces que dudaba si no era ese cuerpo con sus acciones y sentimientos mi propio ser en vez de serlo este espíritu invisible que ellos tiranizaban. Parecíame que yo era las dos cosas; sin embargo, esta criatura impulsiva y atormentada que llamaba "Yo" era más odiosa y cruel al "Yo" interior que lo eran el mar, el cielo, los bosques y las montañas, o las mismas ciudades y torbellinos de gente entre las que ambulaba este animal "Yo". Porque el espíritu que llevaba dentro era feliz y abarcaba todo el mundo; pero en el estrecho tegumento biológico se sentía encarcelado, angustiado.

He aquí el doble conflicto, la oposición social y la agonía moral, que el espíritu sufre al encarnarse; mas si no fuera así no se individualizaría, ni adquiriría una morada en el espacio y en el tiempo, con un lenguaje y una perspectiva especial de la naturaleza y la historia. Sin la encar-

nación, el espíritu no gozaría de una existencia ni sería una luz interior y un testigo perpetuo de la vida en todas sus vicisitudes dramáticas.

Si el destino de todo espíritu es morar en un cuerpo y vivir en una época determinada; mas para cumplir su vocación y su existencia propia, es menester enfocar la vida y los seres desde ese centro, si es así, comprendo por qué he sentido más profundamente este dilema y misión que la mayoría de mis contemporáneos. Dió la casualidad que fui un extraño en el mundo donde me educué; y aunque me interesaron, sin ofrecerme grandes dificultades, la lengua y las costumbres nuevas, el mundo que me rodeaba me pareció prácticamente imposible de asimilar, especialmente en lo religioso.

Además los tiempos marchaban con presura y exaltación hacia lo que me parecía el caos y la trivialidad. Al principio, estas disonancias sonaban como truenos lejanos. Exteriormente, no eran aún violentas; el mundo me sonreía en estos años en que llegaba la hombría; las bellezas y la dignidad del pasado le restaban importancia al presente. Y según la sensación de sentirme extraño y exilado de la naturaleza crecía en mi corazón, se fué convirtiendo en una causa de orgullo; algunos lo han considerado afectación de mi parte. No era así; siempre admiré el producto natural de una época y un país. Mi situación fué desgraciada, en lo humano, e implicaba múltiples defectos; pero hacía posible otra vocación, no mejor (no admito comparaciones ab-

solutas) pero sí más libre, justa, especuladora, y más llena de posibilidades de felicidad.

II

Siempre soñé con hacer viajes y fué a menudo en el papel del viajero interesado, movido por una voluntad propia y un deseo de apreciación que me veía más franco en mi trato con el mundo que me rodeaba. El mundo era Mi Anfitrión; yo era un huésped pasajero en su establecimiento por los alrededores, o que resulten saludamos como dos desconocidos; sin embargo, cada uno se daba cuenta por las ideas genéricas, bien establecidas, de lo que nos brindábamos mutuamente. Las primeras impresiones confirmaron estas expectativas con precisión; el alojamiento era adecuado; el huésped, solvente. Quizás llegaríamos a ser útil el uno al otro. Mi Anfitrión y yo podríamos llegar a trabajar amistad, diplomáticamente; pero no existía la menor semejanza en nuestros intereses o capacidades.

La distribución normal del hotelero, aunque se acomoda (accidentalmente) a las necesidades del huésped, nada sabe de su distribución privada y moral. Los gustos de sus huéspedes en relación a los vinos, al servicio o a la música pueden ir más lejos o contradecir las viejas costumbres del hotelero, que él tratara de imponer a sus huéspedes con la autoridad de un terrateniente. En cambio, puede acontecer que no se encuentre alojamiento lleno de animación y trájín. Nos inferiores. No tiene derecho el huésped

a pedir lo que no está en el programa. Debe agradecer las pequeñas concesiones que le harán a sus gustos personales, si procede con moderación y tacto en sus demandas, si paga la cuenta a tiempo y da buenas propinas.

Así era la vida en el siglo XIX cuando el mundo era un placer para el viajero; y no solamente para el viajero rico sino para el viajero de medios más modestos y aún para el más pobre al celebrar sus pequeñas compras y fiestas populares. La independencia personal producía, aún en los negocios, cierta dignidad y buen humor; pues la compra y venta, el patrocinar cierta tienda o casa de huéspedes, era un acto bondadoso; y las cuentas, por lo menos en la Inglaterra civilmente comercial, siempre eran cobradas con un "gracias". Por haber vivido una existencia independiente y pacífica, libre de trabajos y desgracias, me ha sido fácil acomodarme al mecanismo de la sociedad. La materia ha sido muy buena conmigo, y soy un amante de la materia. No sólo estéticamente sino dinámicamente, como la sintió Lucrecio, la naturaleza es para mí una presencia bienvenida; y el progreso moderno con sus invenciones mecánicas y su lujo industrial ha excitado con júbilo mi imaginación materialista, como proféticamente la de Bacon.

Además, heredé de mi padre una simpatía con la materia que Bacon y Lucrecio probablemente nunca sintieron; la inclinación a emplear mi ocio en pequeñas ocupaciones mecánicas. No hubiera leído mi escrito tanto si la parte física

de estas tareas no hubiera sido de mi agrado y rica en momentos de sencilla felicidad. Cualquier medio ambiente corriente y personas corrientes me contentaban fácilmente; era solamente cuando me pedían una exaltación azucarada de ellos o acerca de ellos, como ocurría casi en todas partes en mi juventud, que mi estómago se revolvía en una protesta radical. Entonces, descubrí de qué manera el mundo de mis días se había transformado en enemigo del espíritu y por ende de su luz y de su paz.

¿Cómo ocurrió esto? No como creían los admiradores de la antigüedad o de la Edad Media—a causa de las invenciones mecánicas o las ciencias naturales o la pérdida de la fe Cristiana. Estos cambios hubieran ocurrido en el desarrollo normal de una sociedad. La variedad en las culturas no se debe a aberraciones; pero las hay en una especie o una cultura cuando ésta se vuelve *viciosa*. Es decir, cuando se forma hábitos que destruyen su salud y su capacidad para prosperar en su medio ambiente.

Las ciencias modernas y las invenciones no son viciosas en este sentido; al contrario, traen notables añadiduras a la *virtud* humana. Y creo que el Renacimiento, con el saber histórico y el humanismo que fomentaba, representó una gran conquista para la felicidad humana y el conocimiento propio. Durante mi juventud, la superficie del mundo moderno daba muestras claras de esto, a pesar de una corriente subterránea de agitación e insatisfacción cuyos estruendos

oíamos a veces. Aunque no había ya dignidad en las costumbres, o gran distinción en la manera de vestirse, la moda no había perdido todo su encanto. El establecimiento de mi Anfitrión presentaba una fachada altanera; y me daba cuenta de las nuevas facilidades para viajar, el extenso repertorio informativo, las facilidades cosmopolitas y el lujo. En la literatura y en las Bellas Artes los hombres de talento no nos gustaban por su gran habilidad, sino por su buen gusto o sabor. He relatado cómo en Boston y en Inglaterra a veces sorbía el borde de la copa plutocrática; y esto era un placer ya que bajo la delicadeza de la fiesta material se descubría muchas experiencias sutiles en aquella sociedad, y unas atenciones plácidas.

Había otro círculo cosmopolita, menos selecto y mundano, pero no menos entretenido ni menos sujeto a la moda y chismes irónicos; los Intelectuales, a cuya compañía a veces me veía arrastrado. Era oficialmente uno de ellos, pero presentían en sus corazones que era probablemente un traidor. "Ah, sí", exclamó recientemente un Jesuíta al mencionármese casualmente, "es el ateo poético". Y un profesor italiano, también Católico, pero teñido de idealismo alemán, decía de mí: "Lo que le pasa es que no ha logrado superar su materialismo". Finalmente, un discípulo fervoroso del psicologismo inglés, al preguntarle alguien por qué yo era ignorado entre los filósofos contemporáneos, replicó: "Porque no tiene ori-

ginalidad. Todo lo ha sacado de Platón y Leibnitz".

Esta banda de críticos es democrática al no admitir ninguna autoridad oficial y permite que la opinión pública se lleve los triunfos del momento; pero es, en principio, privada e independiente en sus juicios. Pocos, sin embargo, tienen tiempo para leer los originales o estudiar los hechos. Los cabecillas y los entremetidos tienen que obedecer el *momentum*. Una reacción personal a lo que otros dicen es socialmente suficiente; basta para la prensa, y corrobora la opinión del crítico.

No puedo vencer cierta desconfianza de meros conocimientos intelectuales, militantes en el vacío. Prefiero las virtudes comunes y las creencias del día, aunque sean intelectualmente sencillas y fundadas en prejuicios, cuando el orden generador de la naturaleza las ha criado y dado su peso y honradez. Pues yo no me rebelo contra los cambios políticos y morales cuando este orden natural los acarrea espontáneamente; ya que entonces la inteligencia percibe que el menor peligro y los intereses más fecundos dependen del cambio. Hubiera simpatizado con los Gracchi; pero no con el retardo de Cato o Brutus. Todos fueron unos mártires; pero los Gracchi hablaron en favor de los pobres, por la otra mitad del pueblo que sufría, tiranizado por un poder miope que descuidaba sus responsabilidades; mientras los dos últimos eran ideólogos vanidosos, envidiosos de sus dere-

chos tradicionales y totalmente ciegos al porvenir.

Si no fuera tan viejo y pudiera aventurarme a escribir en francés, compondría una historia breve de *Les Faux Pas de la Philosophie*. Con este título no aludiría a los errores *inocentes*, con los que toda especulación humana está infectada, ni a la forma simbólica o mitológica de la más excelsa Sabiduría, sino a las herejías militantes y a las contradicciones que surgen de la vanidad voluntariosa, individual o de la tribu, verbal o moral—y poco hay en la filosofía europea que no esté infectado de estos errores *innecesarios*. ¡Que el lector prepare su catálogo de los callejones sin salida explorados por los antiguos y modernos! Me limitaré al primero y principal *faux pas* que a mi parecer el mundo ha cometido en mis días.

III

El mundo contemporáneo ha vuelto la espalda al intento y aún al deseo de vivir razonablemente. Las dos grandes guerras del siglo veinte fueron aventuras del entusiasmo irracional. Estaban inspiradas en ambiciones innecesarias, imprácticas; y la *Liga* y las *Naciones Unidas*, establecidas débilmente por los ganadores, fueron imaginadas tan irracionalmente que en seguida redujeron la victoria a un empate. ¿Qué se requiere para vivir racionalmente? Creo que las condiciones se reducirían a dos: primero, conocimiento de sí mismo, la llave socrática de la Sabiduría y conocimiento suficiente del

mundo para percibir qué alternativas nos quedan y cuáles son favorables a nuestros intereses.

Ahora el mundo contemporáneo sabe bastante de las fuerzas de la naturaleza para lograr sus fines, pero estos fines demuestran que ha abandonado sus verdaderos intereses. Dirán algunos que el proletariado se da cuenta (perfectamente) de cuáles son sus intereses; son trabajar menos y ganar más. Estos son ciertamente sus intereses mientras funcione como proletariado, pero ser un proletario es una condición inhumana. Los proletarios son seres humanos, y su interés primordial es tener un hogar, una familia, una profesión y libertad para seguirla. Y más concretamente, los verdaderos intereses de un hombre pueden por excepción no escoger entre éstos, sino querer vagar a solas como un rinoceronte; o quizás tener un tipo especial de hogar, familia y ocupación. Será necesario que haya libertad de movimiento y vocación, y *Lebensraum* (espacio vital) para el espíritu.

Siempre han existido en el mundo mendigos y pobres porque habrá siempre un grupo al margen—demasiado bueno o malo—que no siga la marcha de una sociedad bien organizada. Pero que la gran mayoría de la raza humana tenga que bajar al nivel de un proletariado es uno de los efectos desconsoladores del crecimiento monstruoso de las ciudades, causado por la concentración de los gremios y la multiplicación de las industrias, mecanizadas y convertidas en monopolios.

El estado natural de la humanidad, an-

tes de subyugarla conquistadores extranjeros o reformarla ideólogos nativos, está lleno de males incidentales. Los profetas han tenido numerosas razones para lanzar sus denuncias y admoniciones; sin embargo, existe, como en toda economía animal, un cierto núcleo de instintos de autopreservación y de hábitos, una constitución normal para la sociedad. La Naturaleza, con sus dioses, es su amo y ellos los arrendatarios locales y temporarios; con este poder invisible celebran convenios prudentes y previsores. Se dan cuenta de lo que les conviene y con qué artes podrán conseguirlo. Viven de la agricultura, la caza y la cría de animales, y aquellas artesanías que el clima y su inclinación les lleva a cultivar. Cuando una riña surge entre ellos, o con extraños, luchan para preservar o restaurar sus libertades, sin otras intenciones ambiciosas. Están arraigados material y moralmente en la tierra, se han criado en una patria o en una ciudad. Son *civilizados*. Las naciones nómadas, sin tesoro propio que lleven la destrucción a todas partes, son *bárbaros*. Estos "Bárbaros" eran el proletariado en la antigüedad. Cuando ocupaban una región civilizada sin exterminar a los naturales, y establecían en las viejas fortalezas una dominación extranjera permanente, se convertían en medio civilizados, sin abandonar por completo las prácticas predatorias y aventureras de sus antepasados. Este es el origen complejo y la constitución de los gobiernos modernos de Occidente.

Mezclas pintorescas y románticas de

civilización abajo y barbarismo arriba constituyen la historia de la Cristiandad. Han producido bellas formas transitorias de Arte en las cuales hubo muy poca sabiduría y demasiado fantasía y modas: piénsese en la arquitectura gótica, o en las costumbres, la moda de vestir, la poesía y la filosofía desde la Edad Media hasta nuestros días. La civilización se ha tornado más emprendedora, plástica, irresponsable, mientras el barbarismo parece haberse retirado al campo de los deportes y a las extravagancias legales al pensamiento y la acción. El caos intelectual y la patochada política pueden así llegar a coexistir con una dominación irresistible de la industria mecánica. La ciencia que servía a este progreso industrial no produjo una ilustración moral. Sólo ensanchó nuestro conocimiento de los fenómenos y permitió a los inventores ingeniosos la construcción de toda clase de maquinarias útiles y superfluas. Al principio, quizás se creyó que la ciencia haría a toda la humanidad rica y la liberaría de todas las necesidades materiales (dos esperanzas contradictorias) y al mismo tiempo la ilustraría sobre las naturalezas de las cosas, incluso la propia, de modo que una sabiduría adecuada y práctica estaría a nuestro alcance con el fabuloso bien material.

Este es el sueño de los modernos; basándose en él vi cómo mi Anfitrión administraba su establecimiento. Esperaba que sus huéspedes también se comportarían de igual forma y se entregarían a la confusión y la alegría, de modo que to-

dos llegarían a convencerse que eran perfectamente felices y así anunciarían el negocio de su Anfitrión doquiera que fueran. Una iniciativa, confianza y satisfacción forzadas así nunca surgirían de unas artes domésticas o de un saber común extendido espontáneamente. Era todo esto artificial y constreñido, y señalaba la dominación inhumana de alguna clase militante o de alguna secta. Esta sociedad estaba desprovista de esa cualidad esencial a toda vida racional: una finalidad clara, consagrada, última. El grito era una libertad en el vacío y un progreso ilimitado: *¡Vorwärts! ¡Avanti! ¡Onward! ¡Full speed ahead!* sin preguntarse si directamente delante de nosotros no había un abismo sin fondo.

Esta ha sido la peculiar enfermedad de mis tiempos. Yo vi su irrupción en mi niñez y he vivido hasta descubrir lo que parece síntomas claros del fin. Los grandes comerciantes de la época juvenil de mis parientes no sabían nada de esto, en sus viajes alrededor del Cabo de la Buena Esperanza o del Estrecho de Magallanes. Su esperanza fué amasar una gran fortuna en quince o veinte años y retornar al hogar a educar a la familia en esplendor y paz. Presentían una ola de bienestar, que se difundiría con orden desde ellos hasta alcanzar a la humanidad toda. Las fuentes de la felicidad estaban prontas a rebosar en todo corazón y espíritu si a todos les era permitido seguir su camino material y socialmente. Que las masas excluirían, no doctrinarían, esclavizarían a sus partícipes o que se destruirían los

unos a los otros nunca pudo pasar por sus cabezas inocentes y simpáticas; así iban deslizándose sobre esos océanos inmensos en sus barcos bien disciplinados, sujetos a sus velas blancas.

¡Alas! El desarrollo saludable de la ciencia y del comercio estaba transido, mucho antes de la aparición de los grandes mercaderes, por una insidiosa evolución moral y política. Desde los primeros tiempos existían espíritus militantes en desacuerdo con los cambios inevitables y las guerras ocasionadas entre estados vecinos, no guerras de conquista o de odios eternos, sino choques que resultaban de los reajustes del equilibrio político entre las naciones cuando sus relaciones actuales no eran las mismas. Por cierto, las causas trágicas del conflicto y la ruina de las civilizaciones son fundamentalmente inherentes a cada sociedad. Toda una ciudad o un estado son a veces destruidos, como Cartago: pero la historia termina entonces para esa sociedad y las otras siguen su curso como si la rival desaparecida nunca hubiese existido. Este curso de la historia puede quedar truncado, sin embargo, por las disensiones interiores o revoluciones suicidas.

Cada generación nace tan ignorante y esperanzada como el primer hombre; y cuando la tradición ha perdido su utilidad obvia o su autoridad, los espíritus ansiosos se agarran sin saberlo de cualquiera de esas falsas esperanzas y callejones sin salida que tentaron a sus antepasados enterrados hace tiempo bajo montones de ruinas. Ellos pueden llegar fácil-

mente a cabecillas; la sociedad no es perfecta; agravios y desdichas fomentan constantemente las rebeliones en los corazones oprimidos; y la imaginación elocuente de la juventud, como su indignación, hallará las palabras apropiadas para encender el descontento, siempre latente, en llamaradas. A menudo el estado de las cosas es intolerable; es necesaria la insurrección a cualquier precio; como cuando el orden establecido no es sólo por casualidad opresivo sino idealmente perverso y a causa de alguna epidemia previa de locura militante se torna constitucional. Contra esta dominación, creada con voluntaria indiferencia al verdadero bien del hombre y de sus posibilidades, cualquier remedio, recomendado con el mismo arrojo, será aceptado con verdadera confianza. De esta manera los cegados, al extirpar la locura, quizás están sembrando una nueva forma de la locura.

IV

Que éste es el estado del mundo todos podemos comprobarlo mirando a lo que nos rodea o leyendo los periódicos; pero creo que los elementos de esta crisis han estado fermentándose en el cuerpo político desde hace muchas centurias; desde la Reforma, por no decir desde los días de Sócrates y los Sofistas. Porque la causa virulenta de esta fiebre tan duradera es el subjetivismo, el egotismo, la vanidad del espíritu. No digo que la cultura de la conciencia ni los refinamientos lógicos de la dialéctica sean dañosas al es-

píritu y al autoconocimiento moral, que es una de las dos condiciones prescriptas si ha de ser saludable la política; pero las mismas artes lógicas son fatales si las empleamos para construir, por medio de una fábula moral, un cuadro antropomórfico del universo dado como científicamente verdadero e impuesto a la humanidad con propaganda, amenazas y persecución. Y este método militante de reformar la humanidad, al ir interpretando sus capacidades y su lugar en el universo, no es una argucia antigua o medieval. Es el método oficial e intolerable de nuestros profetas y reformadores contemporáneos más entusiastas. El barbarismo ha adoptado las armas de la lisonja y la profecía; la ambición irracional, la del lenguaje del amor fraternal.

El hecho de que estos males tengan profundas raíces y larga existencia sin haber destruido la civilización occidental, y aún pueda estimular virtudes contrarias y artes confusas—todo esto me parece que aconseja que tengamos calma al contemplar el porvenir. Los que buscan una panacea no la encontrarán. Los que prescriben resignación ante una vida de esclavitud industrial (en la creencia que las virtudes espirituales puede cultivarlas un esclavo, como Epictetus, más cómodamente que los hombres ricos), están entregando el futuro político a un régimen artificial que no podrá durar inalterable por otra década en ninguna parte, y ni un día si por la fuerza militar llegase a convertirse en régimen universal. El fanatismo de todos los partidos ha

de convertirse en cenizas, como un fuego incontrollable. Si sobrevive, será porque se ha humanizado y reducido sus dogmas a metáforas inofensivas, y ha echado una sonda a las oscuras profundidades de la tierra para así alimentarse. La economía de la naturaleza incluye toda clase de movimientos, los combina y transforma, sin diversificar nunca sus procesos, para subordinarlo a las órdenes de la retórica humana. Todo tiene su día y su momento de belleza. Sería absurdo esperar que una civilización dure para siempre.

De haber ocurrido en mis días (como ocurrió), que mi patrón me notificase que iba a derrumbar el techo sobre mi cabeza, me hubiera quizás preocupado por

un momento; pero pronto hubiera empezado a buscar otro alojamiento no sin cierto extraño placer, y probablemente lo encontraría (como así fué, y aún mejores) donde terminar mi existencia. Así, confío, hará el Espíritu viajero—este testigo siempre renovado, víctima, y juez de la existencia, divino pero nacido de mujer. Obediente, descubrirá otros afectos en otros lugares, unirá a otros amigos, y dividirá otros pueblos; y el fracaso de esperanzas sobreestimadas y ambiciones presuntuosas no impedirá al espíritu del hombre transformar constantemente las virtudes y los dolores pasajeros de la naturaleza en vislumbres de la verdad eterna.

GEORGE SANTAYANA

Traducción de J. Rodríguez Feo.

Antonio

Niñez

Disparada inocencia de albor animal,
Destello de joya en bullicio,
Diamante impaciente que canta,
Pájaro nítido:
Llévanos tú bajo los soles
Que te descubren y dan sus dominios,
Arrebatados en tus ráfagas
De paraíso,
Elévanos
A la alegría sin tacha de tu infinito.

El niño dice...

¿Qué dice? Ni un balbuceo.
Sólo un susurro en apunte.
Basta que a los labios junte,
Aguzándose en deseo,
Este espíritu que veo
Pendiente de mi respuesta.
El es quien se manifiesta
Sin palabras, de tal modo
Jovial que lo dice todo
Con una salud en fiesta.

El más claro

Recreándose en más luz,
La palma se expone, juega:

Mano de niño hacia el sol.
¡Alumbren así, dominen,
Embelesen a su mundo
Las simpatías rosadas
De una piel que aún se ignora!
Mano de niño solar:
Palma del único en tierra
Tan denso de amanecer.

Niño con atención

—Ojos. Azul. Sus destellos,
De repente inquisitivos,
Reservan en los archivos
De la atención los más bellos
Datos. — Y así, todos ellos
Tan bellos ¿serán reales?
—Tan azul exige tales
Acordes con su belleza
Que de nuevo el mundo empieza
Con todos sus manantiales.

Arranques

Por el agua

Entran los pies en el mar
Que ya ondula
Chispeando: sobre el agua,
Luz más rubia.

Precipitándose corre
Con tumulto de roturas
Una alegría que cae
De bruces sobre la espuma.

El tan niño hacia su voz
Se aúpa,
Se multiplica, resalta,
Onda aguda.

Rizándose va y creciendo
Con ondulación de suma
Todo un caos de salud
Que se crea ya su curva.

Arrollador griterío,
Absoluta
Vida sin sombra ni término:
Criatura.

Por la hierba

Se arroja el niño a la hierba
Que es un mar,
Y por lo fresco y lo blando
Nada ya.

(¿Hacia dónde tantas ondas
Bajo el sol?)
—Dame el campo con el cielo,
Dámelos.

¡Cuánto mar por esa hierba,
Ah, ah, ah!
¡Para todos ahora mismo
Quiero más!

—Dame el campo con el cielo,
Dámelos.
(¿Hacia dónde tantas ondas
Bajo el sol?)

La hierba es un oleaje
De verdad.
Entre las manos del niño
Pasa el mar.

Feliz insensato

—¿Dónde está, dónde estará?
—¡Aquí está!

No deja de jugar el feliz insensato.
Como suma armonía
La Creación acoge este arrebató
Pueril. ¡Nadar, volar por la vacía
Primavera de un aire sin morada;
Y ascendiendo a su cumbre de alegría
Se arroja al sol más cándido la niñez confiada.
Ya todo es elemento
De alguna encrucijada
Donde el mundo no cesa
De referir su historia como un cuento.
Una mesa—no más, aquella mesa—
Hoy descubre su fondo:
Un secreto de gruta,
Un islote redondo.
¡Niñez! Y todo, libre, se trasmuta.
Basta la diminuta
Persona.
Por su voz y sus manos,
A través de minúsculos arcanos,
La gracia de un espíritu ya acciona.

Compás
De gracia
No sacia
Jamás.

Uno a uno por los peldaños...
¡Tente,
Primer inocente!
Son muchos más que tus años.

Vive con tu fe,
Ríe sin porqué.

Atracción, seducción
De cima
Se ofrece a quien la ve desde una sima
De suelos explorados. ¡El quisiera
Conocer, escalar aquel sillón,
Tenderse en la tierna ladera
Que de súbito allí se anima
Sin nada y verdadera!

Todavía no existe el mal.
Un ser ahora inmortal.

¿En desorden el candor?
Adorable incoherencia.
El mundo se oye mejor
Su cadencia.

Compás
De gracia
No sacia
Jamás.

¡Jugar, jugar en medio
De esa masa de asedio
Que en implacables círculos rodea
De espesura al nacido:
Nacido a la realidad que aun no es idea,
Y ya con él palpita!

Siempre doble el latido,
Continúa la cita
Prodigiosa: la luz y esa niñez.
Sin cesar en acecho,
¡Ah, cómo se responden a la vez
Los brazos tan pueriles

—Que en ímpetu derecho
Se arrojan a los miles
De esplendores fundidos al gran hecho
Del día—
Y el ámbito en espera que al sol fía
Su amplitud desvelada entre perfiles!
La Creación acoge este arrebató
De fe como armonía
Suma. ¡Juege el feliz más insensato!

—¿Dónde está, dónde estará?
—¡Aquí está!

JORGE GUILLÉN

De Las Miradas Perdidas

Los Paseos

MI tía me llevaba a ver el tren pasar
con aire progresista, mas con lazo finisecular.

Ah su extraño sombrero, su floreada sombrilla
con japonés paisaje de dulzura sencilla,

al cruzar la arboleda profunda y soleada
de las diez los domingos! Ah su mano empolvada,

prestigiosa y severa llamando al hombrecillo
que cuidaba los kioskos de dulces amarillos!

Y en el césped de oro, maternalmente rojas,
las robustas y castas criadas españolas

regalando la patria y el verdor legendario
de su regaño terco, dulce y autoritario,

en el mantel abierto bajo el árbol soleado
de su idioma lejano por el moño callado!

Paseo por los árboles de la Fraternidad,
paseo del teatro, paseo por el mar,

en familiares grupos de recatado paso
que desdibuja el niño de impertinente raso,

azules indolentes del agua contemplada
sin el adulto paño vivaz de las palabras,

velámenes directos sobre el ojo castísimo,
austero, inexorable, lineal, delicadísimo!

Ah el desfile esperado, castamente ruidoso,
los sables y los cascos de metal venturoso,

el ruido de cartuchos de criadas meriendas
y las damas vestidas con sus mejores prendas.

Ah los lazos rosados de los niños de oro,
quietos junto a los bancos, bajo el suave decoro

de la luz a la sombra de las claras sombrillas!
Ah cándida retreta desde las verdes sillas!

Los músicos esplenden con bigotes negrísimos.
Son pocos, pero admiran. Son un fondo justísimo.

Florea la trompeta del suave negro fino,
municipal su orgullo, inmemorial su tino.

Con el bastón asienten los claros veteranos
en las blancas glorietas de azul republicano,

y es dulce no entender bien las conversaciones
como una suave flor de quién sabe qué nombre

del que sólo nos llega un olor persistente
que vigila lejano los juegos indolentes.

Quién podrá atravesarte, distancia en que conversan
las personas mayores prestigiosas y lentas

sólo a unos pasos nuestros, quién oirá la velada
nostalgia de su "vamos, jueguen", adulta y parda.

Paseo de Campo Marte, no puedo recordar
cómo eras, mas siento tu sombra familiar,

la tranquila dulzura de los preparativos,
el tocado en el cuarto semi-oscuro y dormido,

frente al óvalo puro de espejo colonial,
la ropa echada y suave en la silla irreal,

y el olor que dejaban en su espalda desnuda
los polvos derramados de la cómoda oscura!

Quién te recoge, polvo fugaz, tarde perdida,
que dejas en mi alma la sensación del lila,

por qué me bastas, dicha profundísima y rara
de la abierta sombrilla de crepé por su cara

y los mudos rumores lentos y soleados
de los trajes y voces en oros trastocados!

El Bello Niño

TU sólo, bello niño, puedes entrar a un parque.
Yo entro a ciertos verdes, ciertas hojas o aves.

Tú sólo, bello niño, puedes llevar la ropa
ausente del difunto, distraída y remota.

La ropa dibujada, el sombrero del ave.
Tú sólo en ese reino indisoluble y grave

has tocado la magia de lo exterior, las cosas
indecibles. Yo llevo la ropa maliciosa

del que de muerte sabe y de amarga inocencia.
Tú no sabes que tienes toda posible ciencia.

Mas ay, cuando lo sepas, el parque se habrá ido,
conocerás la extraña lucidez del dormido,

y por qué el sol que alumbra tus álamos de oro
los dora hoy con palabras y días melancólicos.

Jardín del Cerro

¡JARDINES soleados de mi casa del Cerro,
con sillones de mimbre amoldados al cuerpo

de conocido peso de la vivaz abuela
entre sus amapolas y sus grandes tijeras

sobre la larga saya, con soleado abandono
abiertas junto al tallo cortado y pegajoso,

mientras suave arreglaba un grupo preferido
para el retrato oscuro de bordes amarillos!

¡Jardines soleados, áureo silencio extinto,
que recuerdo entre muebles de dibujo distinto,

mientras esplendes, mágico, en el oscuro centro
de esta tarde que vas en flor sustituyendo!

Cantero con terrones de tierra seca y dura
por el sol, es preciso hablar de tu dulzura,

pues con sólo mirarte mi vida justificas
extraña y dulcemente, y el tiempo me edificas

mientras soy un momento en la visión dorada
que no interrumpe el sueño o el fuego o las palabras.

Para verte es preciso que yo pueda olvidar
los días que pasaron sobre tu soledad,

para ver cómo eran las losas del pasillo
cuando las recorría el deseo sencillo

de retener el aro, siempre algo más distante
que mi pequeño cuerpo ansioso y bamboleante.

¿Cómo eras, camino lateral de la casa
que llevaba al jardín? ¿Cómo era la cara

de mi tía soltera cuando aún conservaba
la línea temblorosa de mi primer mirada

y no habían cambiado los días sucesivos
sus familiares ojos con trazos excesivos?

¿Cómo era su traje de delicados lilas
quieto al sol del Domingo y a la fotografía?

¿Cómo eran sus jóvenes, sus pálidas maneras,
y su voz que le oía cuando daba la entera

dicha de alguna orden de cambiar de vestido
para llevarnos lenta, a ver al nuevo circo?

¿Cómo era el pausado rosa de su consejo
cuando no lo manchaba mi súbito deseo

de otro viaje con oros de rápida locura?
¿Cómo era su voz en la suave lectura

del instructivo libro de flores y animales
y que clasificaba también los minerales,

dorando las preguntas con letras diferentes,
más finas, más dobladas, más áureas e insistentes?

¿Cómo era su pelo cuando aún no tenía
aquel peinado corto que trastocaba el lila

de su perdido traje, cuya reminiscencia
doraba todavía sus gestos con su esencia?

¡Oh jardín soleado, oh infancia que te pierdes
como el rumor del oro en los árboles verdes!

El Salón de Música

En el salón de música la penumbra se ahonda
en suaves terciopelos de suavísima sombra.

Junto a la esbelta silla se hace delicado
el silencioso bosque de los ruidos urbanos

que llegan a través de los vidrios dormidos
con dulzura apagada. Ah delicado frío

del otoño, dulzura maternal de las mantas,
salida del teatro, muchedumbre que encantas

con tu dulce desorden, saliendo abigarrada
mientras la dama rosa torna desdibujada

la figura apacible de un grupo que comenta
con la súbita seda de su prisa de menta.

Oscuridad gloriosa de antes de empezar
la función de la tarde, dorada e irreal,

donde el asiento es vago y el sueño material,
del piano que ilumina la pérdida real

de nuestro corazón frente a la misteriosa
fuente de un parque gris, llegando rumorosa

entre los claros pájaros, en el suave momento
en que la muerte es sólo un bello sentimiento,

mientras del palco llegan rotas conversaciones
de damas empolvadas, los fragmentarios dones

de diálogos plumosos como frondas secretas,
y el siglo estalla en copas de las risas violetas!

De La Noche en el Corazón

Una Cara, Un Rumor, Un Fiel Instante

UNA cara, un rumor, un fiel instante,
ensordecen de pronto lo que miro
y por primera vez entonces vivo
el tiempo que ha quedado ya distante.

Es como un lento y perezoso amante
que siempre llega tarde el tiempo mío,
y por lluvia o dorado y suave hastío
suma nocturnos lilas deslumbrantes.

Y me devuelve una mansión callada,
parejas de suavísimos danzantes,
los dedos artesanos del abismo.

Y me contemplo ciega y extasiada
a la mágica luz interrogante
de un sonido que es otro y que es el mismo.

No Sabes de qué Lejos he Llegado

NO sabes de qué lejos he llegado
a morirme y a estar entre vosotros,
ni hasta qué punto he sido desterrado
de la mágica tela de los otros.

No sabes cómo llevo ya calados
los huesos de la lluvia en que me arrojé,
hasta dónde tu voz he traicionado,
hoja que caes del árbol de mis ojos.

No sabes de qué lejos he venido
a la mesa y al pan de mis hermanos
de mí serenamente desprendidos.

Y cómo escucho su rumor lejano
que no sé si he ganado o si he perdido,
que no sé si he ganado o si he perdido.

Privilegio Tristísimo y Ardiente

PRIVILEGIO tristísimo y ardiente
de estar vivo, de ser sin ilusiones
fríamente parciales de los dones
oscuros, de las tardes inclementes.

Qué me aferra a los últimos relentes
de mi día, oh amor sin ilusiones,
qué me arrastra a tus lúcidos rincones
con tal fría pasión indiferente.

Amor oscuro y fiero de mí misma,
inhumano y extraño que me hieres
con tu espada profunda y dividida.

Acaba de una vez, que ya hace frío,
y sollózame al fin qué es lo que quieres,
y contesta por Dios, quién soy, qué he sido.

Yo os Amo, Palabras, Madres Tristes

YO os amo, palabras, madres tristes,
intemperie entrañable de la vida.
Me acompañáis con soledad dormida.
Yo os amo, palabras, madres tristes.

Con un amor sin grandes esperanzas
yo me amo, en mi imposible creo,
con un frío fervor, un desdén fiero,
con un amor sin grandes esperanzas.

Qué lluvia has de poner sobre mi nada,
con qué has de atar lo que me desmarra,
qué es, muerte mía, lo que rectificas,

si mi amor con tu divisora espada,
o esta enemistad de mi palabra
con tu música ajena y unitiva.

Vendrá la Muerte

VENDRA la muerte a transformar el lila
reminiscente de tus trajes idos,
sorpresa será el césped conocido
y la taza en tu mano ya dormida.

Barroco el reverbero que encendía
la seda antigua de tu bata oscura,
no dorará el sonido y la dulzura
de las madrugadoras cucharillas.

Perderé tu manera de llamarme
que me hizo desear aún otro rato
en la tarde más fiel poder quedarme.

Y en traje nauseabundo y desasido
perderé la honda sombra, que no el árbol,
perderé lo que había ya perdido.

Como un Danzante

COMO un danzante empieza continuando
penetro al dios o río que no empieza,
en su orilla increíble estoy temblando:
me arrecia como un ángel mi impureza.

No me agota mi espejo ni yo abarco
la noche que ha impulsado mi cabeza.
Mi confusión enciende un vago árbol:
Yo dibujo a mi padre en su corteza.

¿Cómo he entrado de pronto a la demencia
de estos signos, del tiempo, de lo ido,
de lo fugaz mi imperio rodeado?

La noche me penetra de mi esencia,
y cuando digo: he visto! yo he sentido
que algo dulce y remoto me ha mirado.

FINA GARCÍA MARRUZ

Falsa Alarma

REPARTO
(Por orden de aparición)

ASESINO
JUEZ
VIUDA
MOZO PRIMERO
MOZO SEGUNDO

JUEZ: (detenido en la puerta).—¡Buenos días!

ASESINO: (volviéndose bruscamente)
¿Quién es usted...?

JUEZ: (dando un paso; severo).—Soy el Juez. (da dos paos más y toca la estatua con la punta de los dedos).—En cuanto a ésta, es la Justicia...

ASESINO:—¿La Justicia...?

JUEZ: (tomando asiento en la silla giratoria y moviendo la misma de derecha a izquierda).—Sí, la Justicia... Siempre la hago traer cuando tengo que instruir un sumario.

ASESINO: (colocándose ante la mesa).—Maté en defensa propia.

JUEZ: (chocando los nudillos).—Todos dicen lo mismo. (pausa). De modo, que tú le disparaste a quemarropa...

ASESINO:—...a quemarropa.

JUEZ: (señalando al banco.—Siéntate. Tendrás más calma.

ASESINO: (permaneciendo de pie).—Quiero saber lo que me va a pasar.

JUEZ: (señalando de nuevo al banco).—Siéntate. Te precipitas.

ASESINO: (sentándose).—¿Puedo fumar?

JUEZ:—Sí. (asesino prende un cigarrillo, pausa). ¿Cayó de frente o de espaldas?

ASESINO:—De frente; sobre una silla. (pausa). Esoy cansado.

JUEZ:—¿Qué hiciste primero: robar o matar?

ASESINO:—Robé primero; después llegó el tipo. Se me echó encima. Disparé.

JUEZ:—¿Sabes lo que dicen por ahí?

ASESINO:—¿Qué?

JUEZ:—Que todo es una venganza; que el muerto era un viejo enemigo tuyo; que habías jurado matarlo a la primera oportunidad.

ASESINO: (violento, se levanta).—¡Mentira! No lo había visto nunca.

JUEZ: (señalando a la silla).—Siéntate en esa silla.

ASESINO: (se sienta).—¿Quién dice eso?

JUEZ:—No te importa. (enciende la lámpara que se encuentra sobre la mesa, dispuesta de tal modo, que su potente luz da de lleno sobre la cara del asesino). Siéntate en esa silla...:

ASESINO:—¿Por qué enciende esa luz?

JUEZ:—Limitate a responder a las preguntas que yo te haga. No debes pregun-

tarme nada. (pausa, conminativo). Confiesa que todo ha sido una venganza.

ASESINO: (parpadeando).—Juro que no. Era la primera vez que visitaba este pueblo.

JUEZ:—Le perseguías de pueblo en pueblo. Aquí lo encontraste.

ASESINO: (visiblemente nervioso).—¿Por qué dicen eso? ¿Por qué lo dicen? (pausa). Sí, le maté, pero no era mi enemigo. No le conocía.

JUEZ: (más conminativo).—Es preciso que digas toda la verdad y nada más que la verdad, para que la Justicia sepa a qué atenerse.

ASESINO: (apartando la cara de la luz).—Entré en el cuarto...

JUEZ: (interrumpiéndole).—¡Esa cara!... ¿Qué haces que no miras a la luz?

ASESINO: (volviendo la cara a la luz).—Entré en el cuarto, robé quinientos pesos que estaban en un maletín. Cuando me iba, entró el tipo. Al verme se me echó encima. Entonces, yo disparé...

JUEZ:—¿A quemarropa?

ASESINO:—A quemarropa.

JUE.—Al fin te vengabas...

ASESINO:—No fué una venganza.

JUEZ: (imperturbable).—Lo dicen

ASESINO:—Dígame que me lo vengán a contar a mí.

JUEZ:—De cualquier modo, lo dicen...

ASESINO:—¿Pero no ve usted que es una calumnia? (pausa). Escuche: yo quería irme a vivir a New York. Llegué de mi pueblo a esta ciudad y me alojé en el hotel América. Mis vecinos de cuarto era un matrimonio. Al segundo día de hos-

pedarme en el hotel pude oír que la mujer le decía al marido que no dejara la puerta sin llave cuando fuese al baño; que había ladrones en todas partes, que hasta los mismos sirvientes del hotel lo eran, que en fin, cualquiera podía pasar, ver la puerta sin llave, colarse en la habitación y llevarse el dinero.

JUEZ:—O cumplir una venganza largo tiempo acariciada... ¿No es así?

ASESINO:—Tomé mis medidas: esperé a que el tipo se encaminara al baño. ¿Sabe que se le olvidó la llave? Entonces me metí en el cuarto.

JUEZ:—Una linda versión, pero, querido señor, temo que los hechos sean muy otros... Más te valdría confesar.

ASESINO:—He dicho la verdad. (hace la señal de la cruz con los dedos, y se los besa). ¡Por ésta!

JUEZ:—¿Perjuro, además...?

ASESINO: (tapándose la cara).—¡Por Dios! ¿Qué quiere hacer de mí?

JUEZ:—¡Confiesa, confiesa!

ASESINO:—No puedo confesar lo que no he hecho.

JUEZ:—¿Niegas que has matado?

ASESINO:—He matado a un hombre, pero no lo hice por venganza.

JUEZ:—Está bien; dejemos la venganza. (pausa). ¿No lo matarías entonces porque estuvieras enamorado de su mujer?

ASESINO:—Usted quiere confundirme. (baja la cabeza).

JUEZ: (gritando). ¡Esa cabeza! ¡Arriba esa cabeza, he dicho! Mira fijo la luz. (pausa). Le sugería que el móvil del crimen pudo haber sido los celos.

ASESINO:—Los celos... ¿De quién?

JUEZ:—Los suyos, tus celos, los que sentías porque era él el marido feliz.

ASESINO:—¡Pero si no había visto nunca a esa mujer!

JUEZ:—¿Esperas que tome en serio tus palabras?

ASESINO:—¡Le juro que no la conocía! Es más: no sé qué figura tiene...

VIUDA: (entra impetuosamente sollozando, presa del más vivo dolor. Es la viuda clásica, que acaba de perder a su marido, aumentada su histeria por la muerte violenta del consorte, y recrudescida por el robo de los quinientos pesos. Toda su personalidad de viuda ultrajada demanda pronta satisfacción. Su mano derecha oprime fuertemente el clásico pañuelito. Viste todo el atuendo de las viudas: desde el traje negro hasta la *pena*, pasando por la toca).

(entre sollozos.—¡Justicia, señor Juez, Justicia...! (más sollozos).

ASESINO: (al Juez).—¿Quién es?

JUEZ: (poniéndose de pie).—Calmáos, señora, calmáos... (al asesino).—¡Pronto! Es la viuda. Véte al banco. (a la viuda, tomándole las manos).—Querida señora: siéntese en esta silla...

VIUDA:—¿Quién es ese hombre?

JUEZ:—El asesino de su esposo.

VIUDA: (dando un grito).—¡El! (se deja caer en la silla). (más sollozos, pausa; de pronto, se lanza como fiera hacia el asesino).—¡Asesino, ladrón, asesino! (le golpea el pecho con los puños).—¿Por qué lo mataste? Dí, ¿por qué?

JUEZ:—¡Valor, señora, mucho valor!

VIUDA: (siempre sollozando).—Valor me pide usted... Y qué cree usted... Tuve el valor de verlo muerto, tendido en un charco de sangre; le dije lo de la puerta, pero como era tan bueno no creía que el mundo estuviera lleno de ladrones y asesinos. (mirando al asesino). Sí, de asesinos como tú, malvado, ¿qué te habíamos hecho, dí, qué? ¿Te debíamos algo? ¿Nos habíamos visto siquiera una vez?

ASESINO: (al juez).—¿Lo oye?: no la conocía.

VIUDA:—Claro que no lo conocía. ¿Cómo podría conocer yo a un asesino? Ya andan sueltos, señor Juez. Esta gente que no se sabe de dónde viene ni a dónde va... debería ser estrechamente vigilada. (pausa). ¡Ay, Dios mío, por qué no alquiló usted otro cuarto? ¿Por qué, precisamente, vino a ocupar el que estaba al lado de nosotros?

ASESINO:—Pedí un cuarto, y me dieron el 35.

VIUDA: (ingenua).—...Y el de nosotros era el 36. (pausa).—¿Lo oye?: gente como usted no se hospeda en hoteles, se acuesta en parques, ¿lo oye? en parques... (pausa). —¡Oh, Alfonso; ¿dónde estás, Alfonso? ¿Me escuchas? ¡Veinte años juntos, y ahora, muerto, muerto, muerto!

JUEZ:—Vamos, señora, resignación. La Justicia castigará al culpable.

VIUDA: (señalando al asesino).—¡A ése... ¡Ese es el asesino de mi desdichado marido! (pausa). ¿Oíste, monstruo?: vas a ser ajusticiado dentro de muy poco. Yo asistiré a tu ejecución. No perderé un de-

talle, te clavaré los dos ojos como dos garras hasta que la vida se te haya ido de ese cuerpo miserable que te dió una madre desnaturalizada.

JUEZ:—¡Señora, por favor...!

VIUDA:—¡Por favor, por favor...! Tiene que ver... Mucha prudencia ahora se recomienda a una infeliz viuda, y ustedes, ¿por qué no son tan prudentes que ponen un policía en cada cuarto de hotel?

JUEZ:—Creo que debiera serenarse y decirme si acertó a ver a este señor merodeando por su cuarto.

VIUDA:—No, no le ví; tan cierto como me llamo Rita que si le veo no dejo un minuto solo a Alfonso. ¡Oh, no, no te hubiera dejado solo, Alfonso! (vuélvese anhelante al Juez).—Escúcheme, señor Juez: Júreme que lo condenarán a muerte. ¡Júrelo!

(pone su mano sobre la Estatua.)

JUEZ:—No puedo jurar nada; pero la evidencia de la falta es tan aplastante que el tribunal se producirá por la última pena.

VIUDA: (destacando la frase).—La última pena.

JUEZ:—Será votada por unanimidad.

VIUDA:—...Por u-na-ni-mi-dad.

JUEZ:—La deliberación será brevísima.

VIUDA:—...Bre-ví-si-ma.

JUEZ:—Cuestión de pura fórmula.

VIUDA:—...De pu-ra fór-mu-la.

JUEZ:—Cada miembro del jurado experimentará en lo íntimo de su ser que eres un enemigo público.

VIUDA:—...Un e-ne-mi-go pú-bli-co.

JUEZ:—La Sala toda se sentirá aliviada cuando el jurado pronuncie su veredicto.

VIUDA:—...Su ve-re-dic-to.

JUEZ:—Las madres estrecharán a sus hijos, los hijos a las madres, los hermanos a las hermanas, los esposos a las esposas, en fin, la gran familia humana, dirá agradecida: "El brazo de la Justicia (toca el brazo) cayó sobre la cabeza del culpable".

VIUDA:—...So-bre la ca-be-za del cul-pa-ble.

JUEZ:—Así sea. (tomando del talle a la viuda). Vamos, pobre, desdichada viuda, dejemos a este pecador con sus remordimientos. (Camina hacia la puerta llevando a la viuda).

ASESINO: (corriendo tras el Juez).—¡Señor Juez, por favor!... ¿qué va a hacer conmigo?

JUEZ: (abriendo la puerta y haciendo pasar primero a la viuda).—Lo que ordena la Constitución en estos casos: ¡Ejecutarte! (sale cerrando la puerta).

El asesino ha quedado apoyado en la Estatua. Pausa sostenida. De nuevo se abre la puerta, y entra uno de los mozos. Se acerca al asesino y lo aparta suavemente de la Estatua. Toma la misma y al salir entre el otro mozo llevando una victrola portátil que deposita sobre la columna. Hace música y sale. Pausa larga. De nuevo ábrese la puerta y aparece el juez vistiendo traje de calle; llega hasta la victrola y quita el disco.

JUEZ:—¡Insoportable! ¿Hasta cuándo tendré que escuchar Danubio Azul? (al asesino).—No piensa como yo?

VIUDA) vestida elegantemente de tarde en colores muy vivos. Se dirige a la victrola mientras dice al Juez).—¿Por qué quita el disco?... Adoro Danubio Azul (pone de nuevo el vals) (al asesino).—¿No es adorable este vals? (toma al asesino por los brazos y comienza a valsar con él, que gira como un autómatas). (Se detiene).—Pero usted... ¿se le olvidó o no sabe bailar el vals? (al Juez).—¿Bailamos?

JUEZ:—¡Encantado! No me gusta escuchar Danubio Azul, pero me encanta bailar. (toma en sus brazos a la Viuda y dan unas vueltas).

VIUDA: (cesando de bailar; al asesino).—¿Ya ve cómo se valsa? Sin embargo, no tiene importancia. Usted no sabe valsar, pero, a lo mejor, sabe bailar el son...

JUEZ: (quitando de nuevo el disco).—Detesto el son. Muy lánguido. Me viene mejor una música de vals.

VIUDA:—Entonces no le disgustará el boogie-woogie...

JUEZ: (tomando asiento en el banco).—¡Pues claro que no!... Pero a estas alturas mis músculos...

VIUDA: (al Juez, suplicante).—Por favor, un poquito más de Danubio...

JUEZ:—¡Oh, no... Si no le vamos a valsar, para qué!... (pausa). ¿Y qué me dice del "tap"?

VIUDA:—¡El tap, el tap!... ¿Pero qué feliz idea ha tenido sacando a colación, ese baile? ¡Es mi baile preferido, el favorito de mis bailes!

JUEZ:—¿Ha tomado parte en concursos de tap?

VIUDA:—No, lo bailo, solo chez moi, o a la sumo, ante amigos íntimos, pero muy íntimos...

JUEZ:—Mi nietecita ya lo baila. Ha de ver cómo, con sólo cinco años, taconeaba fuertemente, pega con las zuelas reforzadas con chapas metálicas, va, viene, cabriolea, etc., etc. Es un prodigio.

VIUDA:—A veces hay caídas fatales...

JUEZ:—Sí, pero nadie se queja. Por otra parte, el que recibe el golpetazo no se aflige porque a nadie se le va a ocurrir compadecerlo ni amonestarle.

VIUDA:—¡Es lo que yo digo: si uno se pega un golpe en la rodilla, ¡bueno! el golpe, y sanseacabó!...

JUEZ:—¡Sanseacabó!...

VIUDA: (se sienta en la silla).—¿No sabe de alguien que desee comprarme el chalecito de la playa? Ofrezco una buena comisión.

JUEZ:—¿Cómo, vende usted su lindo chalet de la playa?

VIUDA:—Lo vendo; y muy barato: siete mil pesos. (Al asesino.) Pero siéntese, parece un guardacantón... (El asesino se sienta en el sillón del juez.) No lo había vendido ya porque Alfonso pasaba en él los fines de semana. Pero, ahora con su muerte ya no tengo pretexto alguno para no venderlo.

JUEZ:—¿Lo tenían alquilado, no?

VIUDA:—Sí, por eso vivíamos en el América. No era el caso tener dos casas puestas.

JUEZ:—¡Ah, alquilaban amueblado el chalecito?

VIUDA:—Amueblado.

JUEZ:—Pero, querida señora, ¿cómo podía su marido pasar los fines de semana si otras personas lo ocupaban?

VIUDA: (encendiendo un cigarrillo).—La vida es así... El matrimonio que lo habita residía sábado y domingo en nuestro cuarto del hotel, y nosotros íbamos esos días a pasarlos en el chalecito. (Al asesino.) —¡Oh, perdone, si me olvidé de brindarle un cigarrillo (le alargó uno y el asesino lo toma automáticamente; extiende ella el brazo por encima de la mesa y le da fuego con el encendedor; brinda seguidamente al Juez).

JUEZ:—No, gracias; no fumo. (Pausa.) ¿Quién la enseñó a fumar? ¿Su esposo?...

VIUDA:—Bueno, no exactamente él... Ya yo fumaba cuando nos casamos, pero lo que hizo Alfonso fué enviciarme. (Pausa.) Por ejemplo: si antes de casarme fumaba tres cigarrillos al día, hoy me fumo veinte.

JUEZ:—¿No le da mareos? ¿No le quita el apetito?

VIUDA:—Si supiera... (pensativa). Sí, me quita el apetito, me da mareos... pero, es tan, tan... tan (arroja una gran bocanada) Tan... tan (concluye canturreando el "tan").

JUEZ:—¡Eso es: tan... Si usted se pusiera a decir cualquier otra palabra no podría expresar todo lo que el "tan" revela acerca de los cigarrillos.

VIUDA:—Pero también uno mismo es "tan, tan..." (pausa). ¡Claro, todo es tan y nada más que tan.

JUEZ:—Hablando de otro tema: ¿se piensa casar de nuevo?

VIUDA: (mirando de soslayo al asesino).—A lo mejor, nadie sabe... Si encuentro un hombre que me convenga...

JUEZ:—Bueno, un hombre que... un hombre... Bien, usted me entiende: un hombre que viva lo que usted, o más.

VIUDA: (riendo).—¡Ah, ya caigo!... Le diré: eso cae también en la esfera de lo "tan". Pero, mire: lo cortés no quita lo valiente... Y una cosa no tiene que ver con la otra...

JUEZ:—Conocí un hombre al que faltaba el dedo índice de la mano derecha; cuando se citaba en presencia suya la frase "los diez dedos de la mano", se apresuraba a decir: "los nueve dedos de la mano"... ¿Se da cuenta?...

VIUDA: (a carcajadas).—¡Exacto, pero que exacto! Se había olvidado tanto del dedo amputado que no tenía conciencia de la existencia del dedo décimo. ¡Existía con sólo nueve dedos!

JUEZ:—Y añadía que si por algún azar quedase amputado de pies y manos existiría sin la conciencia de dichas partes del cuerpo...

VIUDA:—¡Muy chistoso: "Señor X me he luxado el brazo...", y el Sr. X: ¿Qué es brazo?...

JUEZ:—No nos metamos en honduras... Déjelo ahí... (se levanta y pasea la habitación). —¿Qué comisión me daría por la venta del chalecito?

VIUDA: (pensativa).—Señora viuda: la atormenta el recuerdo de su difunto Alfonso?, y la señora viuda: ¿Qué es Alfonso? ¿Dónde se adquiere? ¿Con qué se

come? (ríe). Qué es... Nada, no sé con qué se comería...

JUEZ:—¿Y piensa viajar con el producto de la venta del chalecito?

VIUDA:—Si me dan los siete mil pesos pasaré un año en París y otro en New York. (pausa). ¿No se anima a viajar conmigo?

JUEZ:—¿Por qué me hace la proposición?

VIUDA:—Sé que pasa usted el día mano sobre mano...

JUEZ:—¡Ah! ¿Sabía usted?...

VIUDA:—Lo sabía; todo se sabe. Pero supongo que usted habrá hecho como su amigo de los nueve dedos...

JUEZ:—En cierto modo sí: al desaparecer los jueces de la faz de la tierra me quedé existiendo sin el juez que había sido durante cuarenta años.

VIUDA:—¿Y por qué dice que en cierto modo?...

JUEZ:—Porque siempre hay gente por ahí empeñada en seguirme considerando como lo que era, esto es, como juez, y entonces me dedico a demostrarles que los jueces ya no existen.

ASESINO: (con estupor). — Pero, usted... ¿No es usted el juez que me acaba de condenar hace media hora?

VIUDA:—¿Qué dice?...

JUEZ: (riendo sonoramente). — Habla de un juez. (al asesino). ¿A qué Juez se refiere?

ASESINO:—A usted. (a la viuda). Y no es usted la viuda del hombre a quien yo maté de un balazo en el pecho?

VIUDA: (al Juez).—Tengo que renovar el pasaporte. Hace una eternidad que no viajo.

JUEZ:—Cree usted en el llamado encanto de los viajes?

VIUDA: (volviéndose al asesino).—Usted... ha viajado?

JUEZ:—¿Se habla mucho del placer que el viaje proporciona, pero, es realmente así?

VIUDA:—Bueno... hay viajes y viajes...

VIUDA: (riendo).—¿Y por qué viajamos?

JUEZ:—Yo creo que viajamos para no estar sin viajar.

VIUDA: (cruzando las piernas).—Entonces cuando no viajamos lo hacemos para estar sin viajar...

VIUDA:—Pero quedan otros encantos en el mundo. Por ejemplo: si echo a un lado el proyecto de viaje, puedo, pongamos por caso, tejer...

JUEZ:—O escuchar Danubio Azul...

VIUDA:—¿Pero escucharlo día por día?

JUEZ:—Tiene su encanto, no se crea...

VIUDA:—¿Y si se rompe el disco?

JUEZ:—Pues se compra otro.

VIUDA:—Pero suponga que es el único disco existente de Danubio Azul.

VIRGILIO PIÑERA

(Concluirá.)

A s í

CUANDO toco la tierra desnuda
—oh madre primera—,
cuando pongo la mano en la tierra...

Cuando oigo la música
del viento en los árboles,
o del pájaro solo en la tarde...

Si acerco a la oscura
verdad de la hierba al oído,
y escucho el mensaje infinito.

O contemplo, extasiado, la luna
—hermosa en la noche que empieza—
como un alma sin cuerpo que sueña...

Cuando, eternas, las flores más puras
exhalan su amor y su aroma
en la sombra,

y el río entre chopos murmura
su profunda pena,
su callada pena de dios en las piedras...

Cuando en la espesura
del bosque nocturno y en calma,
las bestias más dulces se aman.

Y en tu limpia frente, en tu voz que duda,
en tus breves labios,
siento la llamada del mundo más elaro...

¡Oh vida rotunda,
vida, vida plena,
oh delgada y dichosa primavera!

¿Qué fuerza divina nos suma
al mundo celeste,
tan bello así junto a la muerte;

al borde de la madre última,
al borde mismo de la Nada,
que brilla llena de certeza humana?

Cuando toco la tierra desnuda,
la virginal, la fiel arcilla eterna,
la madre que nos quiere para ella;

cuando beso a mi madre más pura,
más honda, más buena,
no reniego ya de la tierra.

VICENTE GAOS

Sir Charles Augustus Murray

Sir Charles Augustus Murray (1806-1895), Diplomático y Autor, era el segundo hijo de George Murray, quinto Conde de Dunmore y de Lady Susan Hamilton, hija de Archibald, noveno Duque de Hamilton, nació el 22 de Noviembre de 1806. Se educó en los Colegios de Eton y Oriol en Oxford, donde se matriculó el 21 de Mayo de 1824, graduándose de Bachiller en Artes, fué elegido para una beca en el Colegio *All Souls* en 1827, donde se graduó de Maestro en Artes en 1832. Mientras era estudiante, Murray tuvo como tutor, al más tarde Cardenal Newman. "Nunca me inspiró, escribió Murray, mucho interés y ni siquiera respeto, sino que al contrario, más bien nos disgustaba y desconfiábamos de él. Solía caminar con la cabeza baja, abstraído y lanzando de vez en cuando una mirada de soslayo como de sospecha. No tenía ninguna influencia entonces y solamente cuando se convirtió en el Vicario de St. Muary fué que surgieron sus poderes largo tiempo adormecidos y sus sermones atrajeron a millares de personas."

El mejor amigo de Murray de sus tiempos de estudiante fué Sidney Herbert, más tarde Barón de Herbert de Lea, pero fué en compañía de Lord Edward Thynne, hijo del segundo Marqués de Bath, que Murray, gran atleta, realizó su más famosa prueba de resistencia. Habiendo sido encerrado por una pequeña falta, hizo

una apuesta de que montaría a caballo hasta Londres, que estaba a sesenta millas y regresaría en sólo un día. Saliendo de Oxford un poco después de las ocho de la mañana, Murray y Tynne cabalgaron hasta Londres, cambiaron de ropa, dieron una vuelta por el Parque, comieron en el Club, vieron el primer acto de un drama y estuvieron de vuelta a la entrada de Oriol, tres minutos antes de medianoche. Habían cambiado de caballos en Henley y Maiden Head.

Después de graduarse, Murray fué admitido como estudiante de Derecho en Lincoln en 1827. La casa de su madre era un lugar favorito de reunión de políticos y literatos. Murray, joven hermoso y agradable, con un excelente gusto literario y un magnífico conocimiento de los clásicos, hizo amistad con gente distinguida en ambos campos. Fué un frecuente huésped de la mesa de Samuel Rogers y dejó muchas notas de escenas e incidentes que allí presenció. Mientras viajaba por Alemania en 1830 se hizo amigo de Goethe, en aquel entonces Ministro del Gran Ducado de Weimar.

En 1834 salió para América, viaje que debido a varias tempestades y varias calmas, duró catorce semanas y dos días. Al año siguiente Murray se unió a una tribu de Pawnees y permaneció tres meses en los desiertos, corriendo gran número de aventuras y peligros que después

describió en sus "Viajes en North America", publicado en Londres en 1839 y que llegó a su tercera edición, ya que esta obra retiene considerable interés por sus gráficas y minuciosas descripciones de pueblos y escenas que han tenido un rápido cambio. De este libro traducimos su impresiones de Cuba, que como podrá verse son muy interesantes y agradables.

Durante su estancia en América, Murray se enamoró de Elisa, hija de James Wadsworth, un opulento caballero que vivía en las cercanías de Niágara, pero quien no aprobó el noviazgo y prohibió toda comunicación entre los enamorados. Catorce años después, en 1849, mister Wadsworth murió y Murray se casó con Eliza en 1850. Habiendo sido su única comunicación por medio de la novela "El Pájaro de la Pradera" escrita por Murray en la que dejó constancia de su amor inalterable.

En 1838 Murray fué nombrado para un cargo en la Corte de la Reina Victoria y pocos meses después Mayordomo Real, cargo que tuvo hasta 1844, cuando entró en el servicio diplomático como Secretario de la Legación de Nápoles. En 1846 fué nombrado Cónsul General en Egipto durante el reinado del famoso Mohadem Alí, donde permaneció hasta 1853, cuando fué nombrado Ministro en Berna. Su esposa murió en 1851 al dar a luz un hijo.

Sus conexiones con Egipto fueron benéficas para el público inglés por su éxito en asegurar para el Parque Zoológico el primer hipopótamo que llegó a Inglaterra.

En 1854, Murray fué seleccionado como Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario en la Corte del Rey de Persia, lo que se convirtió en una misión infortunada, ya que el Shah estaba bajo el control de su Gran Visir, intrigante sin escrúpulos y el cual sospechando que Murray interfería en su ascendencia con el soberano, le hizo varias acusaciones que hicieron necesaria su retirada de Teherán para Bagdad. En 1856 se envió un ultimátum al gobierno persa, exigiendo la retirada de las tropas persas de Herat y demandando explicaciones por las imputaciones ofensivas al honor del Ministro de Su Majestad y no habiéndose recibido respuesta, Inglaterra declaró la guerra en Noviembre 1 de 1856. Bushire fué bombardeado y tomado por el General Stalker en Diciembre 17 y el General Dutram derrotó al ejército persa en Kooshab en Febrero 8 de 1857 y en Mohammerah en Marzo 24, por lo que se firmó la paz en Bagdad el día 2 de Mayo.

La culpa de las hostilidades fué injustamente imputada a Murray en el Parlamento y en el "Times", pero tanto Lord Clarendon como Lord Palmerston lo defendieron vigorosamente en ambas cámaras. Después de la victoria volvió a hacerse cargo de sus deberes en la Corte Persa. Murray, a su vez, atribuyó su poco éxito con el gobierno del Shah a la nueva política iniciada por el Gabinete Británico, por la cual se prohibían el hacer presentes, costumbre inmemorial en la Diplomacia oriental obligando al representante de la Reina a llegar con las manos vacías a la corte, mientras los mi-

nistros franceses y rusos llegaban colmados de regalos.

En 1859 la Misión Persa fué trasladada para la Oficina India y Murray prefiriendo servir bajo el Ministerio de Estado, fué nombrado Ministro en la Corte de Sajonia. En Noviembre 1 de 1862 se casó con Edythe Fitzpatrick, hija del primer Barón de Castletown y en 1866 recibió el rango de Caballero de la Orden del Baño, fué nombrado Ministro en Copenhagen, pero siendo el clima demasiado severo para su esposa, pidió y obtuvo la Legación Británica en Lisboa, cargo que conservó hasta su retiro en 1874. Fué nombrado miembro del Consejo Privado en 1875.

Sus restantes años los empleó en placeres culturales, sus encantadoras maneras, sus variados y múltiples recuerdos

unidos a una apariencia hermosa lo hicieron una muy conocida figura de la sociedad, pero él siempre prefirió la amistad con literatos, con los cuales mantuvo una constante comunicación, tanto personal como epistolar. Consumado lingüista, dedicó mucho tiempo al estudio de los lenguajes orientales, sobre los cuales, así como sobre teología, dejó una gran cantidad de notas y de tratados fragmentarios.

Durante sus últimos años residió en la Granja "Old Windsor", pasando el invierno en París. Murió el día 3 de Junio de 1895, existiendo un retrato suyo en la Granja en Old Windsor. Sus dotes intelectuales y versatilidad singular eran de tal naturaleza, que hubieran podido alcanzar un más alto sitio en la posteridad si las circunstancias le hubieran permitido concentrarse en un solo objetivo.

RODOLFO TRO

Visita a Cuba en 1836

LA CIUDAD DE LA HABANA

Arribamos a la Bahía de la Habana, después de tres o cuatro días de tedioso bordear, ya que la navegación en estas costas es algo dificultosa debido a una extraordinaria variedad de fuerzas ópuestas. Las corrientes corren de Oeste a Este, los vientos soplan de Este a Oeste y de las diez de la noche a las ocho de la mañana sopla una brisa de tierra, muy poco favorable a los barcos que a ella se aproximan.

La bahía es muy extensa, profunda y extremadamente protegida de casi todos los vientos, con excepción de los "Nortes". La entrada muy estrecha, está defendida por una fortaleza de fuertes baterías denominada "El Morro". Cualquiera barco que haga su entrada ha de pasar necesariamente bajo sus rocosos y amenazadores flancos y al avanzar se pone a tiro de dos o tres de sus más fuertes baterías. Me pareció que sería una gran tarea para cualquier escuadrón el forzar esta entrada y un español que me escuchaba, observó que más difícil aún, sería la salida.

La Habana, originalmente fundada por Diego Velázquez en 1515, es una ciudad amurallada, fuertemente protegida por su parte terrestre por varias alturas fortificadas. La impresión del forastero en su

primera visita, es que debe ser una plaza muy fuerte.

Las regulaciones para el desembarco son muy estrictas, ya que los pasaportes deben ser enviados al Gobernador y no se permite abandonar el barco hasta que, obtenido el permiso, éstos son devueltos al barco. Me es difícil comprender cómo un recién llegado, completamente desconocido y sin amigos, puede desembarcar aquí, ya que es necesario que después que se envía el pasaporte, algún residente en la Isla solicite personalmente el permiso y garantice la conducta del recién llegado durante su permanencia en ésta; sin embargo, no puede encontrarse falta en estas aparentes restricciones, ya que forman parte de la disciplina introducida por el Gobernador Tacón, quien ha conseguido un cambio extraordinario en el estado de la Isla.

Hasta hace pocos años, los asaltos, robos y asesinatos eran ocurrencia diaria en las calles habaneras. La vida y la propiedad no estaban garantizadas aún a plena luz del día y después de la puesta del sol, ningún pacífico ciudadano se aventuraba a salir a la calle. En la ciudad pululaban jugadores y asaltantes, mientras que el interior del país estaba infestado por bandas de bandoleros.

Inmediatamente después de tomar posesión Tacón, determinó cambiar total-

mente este estado de cosas, sin hacer distinción de rangos o categorías, pues empezó por meter en la cárcel a uno de sus principales oficiales acusado de peculado, entonces procedió a desterrar a los tahures e hizo una limpieza completa de las bandas de rufianes tanto de la ciudad como del campo. Estableció un estricto sistema de policía, así civil como militar, prohibió el uso de pistolas, estiletes y puñales y durante mi estancia, era tan segura cualquier parte de la Habana como el paseo de "St. James" a las diez de la noche.

La entrada a la ciudad desde el mar, es muy peculiar. Después que el forastero pasa por una estrecha calle, llega a la Plaza de Armas, uno de cuyos lados está ocupada por el Palacio del Gobernador y el otro por el del Intendente o Ministro de Finanzas. Ninguno de los dos edificios posee méritos arquitectónicos que los hagan dignos de admiración, pero son hermosos y tienen apariencia de solidez y antigüedad. El interior de la Plaza está poblado de arbustos protegidos por una verja de hierro y el paseo público que lo rodea e intersecta está bien pavimentado. En el centro hay una estatua de Fernando VII, traída según creo de Roma. Tres veces a la semana ofrece retreta la banda militar y es el lugar de reunión de todos los desocupados y de todas las bellezas de la Isla.

Las damas llegan en sus volantes en traje de noche y con sus cabezas descubiertas, sin chales ni sombreros. Algunos se sientan en el interior de la plaza, mientras los hombres se pasean, unas veces

charlando con sus bellas conocidas, otras veces fumando indolentemente sus "Dos Amigos" o sus "Cabañas". La Banda militar es pasable y bajo la influencia de una fresca brisa y de una luna brillante, produce un efecto encantador.

Las calles de la Habana tienen un trazado regular, encontrándose fácilmente cualquier casa o lugar, sin embargo, los edificios son de un estilo arquitectónico muy irregular y muchos de ellos poseen largos balcones de madera esculpida que derivan cierta belleza de su aspecto grotesco y masivo. La mayoría de las casas están edificadas alrededor de un patio, en el interior del cual, hay galerías que ofrecen protección del sol, habiendo muchas familias que comen en ellas. Se entra en las casas por una alta arcada, bajo la cual se sitúa la volanta, encontrándose los establos en la del fondo del patio.

Lo que asombra más al forastero, es la extrema publicidad de la vida doméstica, pues las ventanas carentes de vidrios, están protegidas por barrotes de hierro, a través de los cuales, es posible contemplar a los habitantes de la casa, sus ocupaciones, muebles, etc., desde la calle, especialmente al caer de la tarde cuando la joven dama de la familia toca el piano y prodiga sus sonrisas en beneficio de todos los que allí pasan. El estilo de los muebles es generalmente hermoso, teniendo algo del carácter de los muebles franceses del siglo pasado.

Un poco después de mi llegada, tuve ocasión de presenciar un baile público en un jardín llamado "El Tivoli", situado a

una milla de la ciudad, es el "Vauxhall" de la Habana, lindamente situado, aunque de pequeña extensión. Estaba muy concurrido por las familias de los comerciantes y mercaderes respetables, pero la aristocracia no asistía. Todo se conducía con la mayor propiedad y decoro, estando el salón de baile protegido por un techo que sostenían columnas, algunas de las cuales eran verdaderos troncos de árboles y alumbrado por bellos candelabros.

El baile que prevalecía, era una mezcla del vals y de la danza campestre inglesa, extremadamente monótono y lento, más estúpido, si esto es posible, que una cuadrilla francesa, bailada en Inglaterra. Lo único que rompía la monotonía era el vals, bailado con una deliberación propia del clima, ya que el termómetro marcaba 75 grados Fahrenheit a la sombra habiendo un sol terriblemente fuerte, sin embargo todos en la ciudad me dijeron que la temperatura era extremadamente fresca y agradable. Por supuesto, que me vi obligado a sudar profusamente y quedarme callado. Confieso que me contrarió no ver ni bellas muchachas ni hermosas damas en esta reunión, aunque entre ellas había algunos rostros agradables y expresivos y la mayoría de las señoras se movían y vestían con gracia considerable.

Ansioso de aumentar mis conocimientos del idioma me mudé para una especie de Casa de Huéspedes a cargo de un tal Don Juan González. Entre los huéspedes encontré a un caballero inglés que había pasado quince años entre España y Cuba y que llevaba tres con la Compañía

de Opera Italiana, entre sus componentes se encontraba una bella dama que pronunciaba deliciosamente su hermoso idioma y cuyos grandes y expresivos ojos grises no sólo habían seducido en menos de un año a su presente esposo, sino que amenazaban tenerme despierto por lo menos media hora después que me había retirado a mis presentes habitaciones.

Habiendo empezado a hablar algunas breves palabras en el idioma español y deseando ampliar mi vocabulario, pronto me encontré confundido por la mezcla de español e italiano que se hablaba en las comidas, ya que siempre que no conocía la palabra española usaba el italiano, dos o tres de los otros huéspedes hacían lo mismo y la conversación se llevaba en la más deliciosa mezcla de esas dos lenguas que jamás se hubiera oído. Cualquiera purista de uno de esos dos idiomas que nos hubiera escuchado, se hubiera vuelto loco de rabia al oír frases como ésta: "Segnor, v.m. il favor de dar me un poco di questo plato!" "Muchacho, dame qualche cosa da bere", etc.

En una de las siguientes tardes y gracias a la cortesía de un Caballero Inglés aquí residente, tuve la oportunidad de visitar un bello jardín de las cercanías, que en un tiempo perteneció al Obispo, pero que ya había sido adquirido por un noble que permitía a los forasteros darse un paseo por su agradable recinto. Fuimos en una volanta, tirada por dos caballos, cuyo postillón, un negrito, hacía literalmente volar a los corceles sobre los empedrados y ásperos caminos. Salimos de la mura-

lla por la puerta que mira al Oeste y dejando a nuestra derecha una de las alturas fortificadas a que anteriormente aludí, que tenía por nombre "El Castillo del Príncipe" situada inmediatamente detrás de la villa del Gobernador doblamos por una senda que conducía a la Quinta del Obispo.

Aquí vi a la Madre Natura, vestida con traje completamente nuevo para mí, traje que por cierto era de belleza incomparable. Ya en Fayal, había visto con profusión Naranjos, Limoneros y Plátanos, pero tan inmensa variedad de Pinos, Cipreses, Palmas, árboles del Cacao, Almendros y muchos otros árboles, era la primera vez que los contemplaba.

El Plátano se cultiva en grandes extensiones y cuando está bien cocinado es un excelente vegetal, deo sus méritos comparativos al juicio de alguno mejor calificado que yo para juzgarlo, ya que se prepara de dos o tres maneras diferentes. El Jardín está muy bien diseñado y las rosas florecen en todo su esplendor, como supongo siempre estarán en un clima como éste, mientras la suave brisa movía graciosamente los penachos de los cocoteros y las ramas del árbol del Cacao. La disposición del jardín, era buena muestra del buen gusto de su propietario, encontrándose allí una pequeña fuente, un recodo lleno de conejos, mientras un oso gruñía desde su jaula y un águila calva gritaba desde otra.

Mientras admiraba a este curioso animal y al verdor que lo rodeaba, se me apareció un negro, quien sonriendo con

gesto de melancólica pillería me ofrecía un ramo de rosas mientras me decía: "Ah, Señor, quiere usted estas rosas? Ah, Señor, me da Ud. un medio? Tome el ramo, mientras daba al pillete un medio y se marchó expresando con más sinceridad que desinterés sus esperanzas de que volviera a visitar el jardín. Ya se había hecho muy tarde para que pudiera identificar las distintas variedades de flores, por lo que obligado a dejar ese placer para otra ocasión, monté en la volanta y en media hora fuí llevado sano y salvo a la ciudad.

A poco de mi llegada fuí presentado por el Cónsul Inglés al Señor Gobernador. El interior de su residencia correspondía con lo que ya he manifestado acerca de su exterior, siendo ésta grande, fresca y cómoda pero sin ninguna pretensión de belleza arquitectónica, aunque no me fué posible en una visita de ceremonia, ver más que dos o tres de sus departamentos. El gobernador me recibió con gran cortesía y la conversación se desarrolló en español y aunque entendía perfectamente el francés, me hizo notar que ya que estaba aprendiendo el español debía practicarlo constantemente y no hablar otro idioma. Aunque este arreglo me confinó a las pocas frases que sabía en español y me hizo casi un mudo sobre muchos de los tópicos, el ofrecimiento fué hecho tan graciosamente que me lancé a asesinar el idioma de su Majestad Católica. El Gobernador es de talla menos que mediana y su rostro aunque no extraordinario, indica la firmeza y calma que distinguen

su carácter. Cortés sin formalidad, sus maneras son de gran dignidad sin altivez ni reserva. Como la brevedad es la esencia de una visita de ceremonia y su tiempo está muy ocupado, me preparé a los cinco minutos para abandonarlo, pero antes que lo hiciera me hizo la generosa oferta de cederme su palco en la Opera que por primera vez se representaba aquella noche y me instó para que hiciera uso del palco a mi mejor deseo durante mi estancia en ésta, por supuesto que acepté esta invitación, que por estar el teatro sumamente lleno, me fué de gran utilidad.

La compañía operática que acababa de llegar de Italia, era muy numerosa y tenía muchas celebridades tanto vocales como instrumentales. Había una hermana de la célebre Malibrán, pero que debido a una indisposición no cantó esa noche, La Opera, el Romeo y Julieta, de Bellini y las partes de la contralto y de la soprano fueron muy bien cantadas por las Signora Pantellini y Rossi, el resto del conjunto era muy débil.

La orquesta era muy buena y estaba dirigida por uno de los mejores violines que he oído desde que las notas de Paganini vibraron en mis oídos. No soy muy parcial de esta ópera del joven compositor, ya que tiene la gran falta de que el primer acto es el mejor de la obra.

El teatro es muy espacioso y extremadamente alto, pero su exterior es lo más horriblemente feo que pueda verse o imaginarse. El interior está provisto de butacas que aquí llaman lunetas y casi todos los palcos son privados. La concu-

rrencia femenina era muy numerosa e importante ya en relación a sus trajes, ya a su belleza, pero pocas de las familias importantes estaban presente pues en esta época estaban en sus haciendas dirigiendo la fabricación del azúcar.

De los que quedaban en la ciudad, recibí muchas distinciones y cortesías, todos los días me ofrecían caballos y volantas y me invitaban a sus casas campesinas, invitaciones de las que pienso usar de aquí en adelante. Fuí presentado a estas familias por el miembro inglés en la Comisión Mixta para el cumplimiento del Tratado Angloespañol contra la Trata de Esclavos y además por uno o dos de los ingleses que aquí residían.

Por esta época, el sistema policíaco introducido por Tacón era tan efectivo, que de rareza se oía hablar de un robo, sin embargo últimamente, en pleno día había sido cometido uno, por un negro ayudado por un mulato y los culpables, habían sido detenidos. El negro había sido condenado a muerte, no así el mulato, que fué mandado a presidio por diez años y además condenado a recibir doscientos azotes.

La sentencia fué cumplida un poco después de la siguiente manera, el negro fué llevado al cadalso al amanecer y sentado en una especie de sillón, con sus manos y pies fuertemente atados, un sacerdote lo ayudaba en sus últimos momentos y tan pronto como los últimos auxilios de la religión le fueron suministrados, se le dió vuelta al torniquete de una especie de collar de hierro que tenía al-

rededor del cuello y un minuto después el culpable había cesado de existir.

Este aparato es denominado por los españoles "Garrote" y posee inmensa fuerza y efectividad, pienso que es una de los mejores medios de aplicar la pena capital, ya que no se acompaña de efusión de sangre como el hacha y está lejos de la posibilidad de los sufrimientos prolongados, tan bien conocidos, de los que han presenciado los ahorcamientos. Después de su muerte, el cuerpo del criminal permaneció allí hasta las dos o tres de la tarde, in terrorem, cuando el cadáver fué reclamado y sepultado por monjes a quien parece corresponder este deber.

El Mulato, fué paseado atado de espaldas en una mula por todas las calles (también in terrorem) y recibió sus doscientos azotes a diferentes intervalos, una cantidad de ellos en cada lugar de antemano señalado. Lo vi en el curso de su marcha y aunque de color muy oscuro, sus labios lucían de color pálido azulado por el miedo y la vergüenza. Creo que este castigo y más aún la manera de infligirlo, está muy bien calculado, para producir su efecto en una población tal como la Habana.

Aunque el estilo de las casas es muy irregular, no lo son las calles, siendo muy fácil al forastero ir a todas partes. Siendo la parte de intramuros casi del mismo tamaño que la de extramuros. La parte de intramuros tiene una forma ovalada, estando su porción norte formada por la punta de tierra protegida por El Morro y los lados están formados por la curva

de la bahía y las murallas. El pavimento es, por lo general pésimo, pero durante mi estancia en esa, un gran número de negros convictos y vagabundos se empleaba en macadamizar las calles de la ciudad.

Hay más gente sin ocupación aparente en La Habana que en ninguno de los otros lugares en que he estado, existiendo cientos de personas bien vestidas que no parecen hacer otra cosa más que fumar tabacos y jugar al dominó o al billar. Existe un café llamado "La Lonja", donde hay media docena de mesas de billar y otras tantas de dominó, siempre rodeadas de jugadores y curiosos desde la mañana hasta la noche. Otras de las cosas que llama la atención del visitante, es la singular y divertida costumbre de poner sobre las puertas de las tiendas y comercios, un anuncio con un nombre, especie de *Nom de Guerre* que no tiene la menor relación con la clase de artículos que allí se venden; por ejemplo, se encuentran "La Modestia", "La Verdad", "La Ninfa Bella", como nombre de tabernas; "El deportista" o "El Guerrero Indio" sobre una tienda de tejidos y muchas más incongruencias similares.

Uno de los más importantes asuntos que se le presentan en La Habana al extranjero es la fabricación de los tabacos, pues, a pesar del gran consumo que de ellos se hace en Inglaterra, hay una gran ignorancia acerca de su calidad y fabricación y prevalecen un gran número de errores. Se cree generalmente que no hay más que llegar a La Habana y se encuentran en cualquier rincón los mejores

tabacos; esto es una gran equivocación y aquellos ingleses de la burguesía que pueden pagar un buen precio a los vendedores de Londres y Liverpool, fuman muchos mejores tabacos, que la mayoría de los habitantes de esta ciudad. La razón es obvia, ya que hay tan gran demanda que ningún fabricante puede mantener mucha cantidad en depósito, pues se venden con tanta rapidez como se fabrican, fumándose, por lo tanto, faltos de madurez, ya que deben ser fumados, por lo menos, dos o tres meses después de hechos. Sin embargo, me inclino a creer que las más finas calidades no van a Europa, ya que, generalmente, son muy oscuros y no están de moda, pues allá se prefieren los tabacos de capa clara y ligera, contrariamente a los que son más apreciados por los habaneros, es decir, los de capa oscura y aspecto tosco. Alguno de los mejores que he fumado en mi vida, son unos tabacos que me regaló un inglés aquí avencidado, tabacos que había mandado a Liverpool y que le fueron devueltos debido a su color oscuro y aspecto feo, este doble viaje a través del Atlántico los había curado lo suficiente para que fueran los más deliciosos puros que jamás un meditativo filósofo hubiera podido soñar.

Los mayores fabricantes son Cabañas, Hernández (conocido en el mundo de los fumadores bajo su marca de "Dos Amigos"), Silva y Rencurrel, quienes son los principales exportadores para Holanda y Francia, pero, además de ellos, hay cientos de fabricantes que hacen de diez

a mil tabacos diarios. El tabaco se compone de dos partes distintas, llamada la interior "tripa" y la exterior "capa". Se usan dos clases diferentes de hojas, siendo la usada como capa la de más fina textura y de mayor flexibilidad.

Las hojas que van a ser usadas el martes, se humedecen el lunes y se dejan secar durante la noche, después de torcido el tabaco, se deposita en una gran mesa donde son escogidos de acuerdo con su presentación en calidades: primera, segunda, tercera, etc. Los hechos con más cuidado y de mejor acabado son denominados "Regalías" y se venden a 22, 23 o 26 pesos el millar, mientras que los que le siguen en orden de calidad, que son fabricados con el mismo tabaco y por el mismo hombre, con la única diferencia que se ha prestado menor atención a la simetría y belleza de la forma, se venden a catorce pesos, otros a doce y algunos a tan bajo precio como seis pesos el millar. Estos últimos, no son exportados a Inglaterra, ya que los derechos harían que valieran mucho más que su costo.

D. Hernández, el fabricante de los tabacos "Dos Amigos", emplea cerca de cincuenta hombres en su fábrica. Un buen operario puede torcer diariamente un millar de tabacos corrientes, y seiscientos de los llamados "Regalías"; de aquí que la producción de esta inmensa fábrica sea cercana a los treinta mil tabacos diarios que, calculada a catorce pesos como promedio, produciría cerca de 100 libras esterlinas diarias.

Se paga un impuesto de exportación

de medio peso por millar y en Inglaterra un impuesto de importación de nueve chelines. Concediendo un veinte por ciento para seguro y flete y otro veinte por ciento para el que los distribuye, los mejores tabacos cubanos deberían venderse en Londres a cinco libras el millar o 18 chelines por libra y $1\frac{1}{4}$ penique cada tabaco. En vez de esto se venden a 30, 40 y algunas veces a 60 chelines la libra y de 3 a 6 peniques cada tabaco.

El mejor tabaco de la Isla se cultiva en la región conocida como de Vuelta Abajo.

VISITA A SAN MARCOS DE ARTEMISA

El día 19 de enero de 1836, acepté una invitación para hacer un corto viaje al campo con objeto de visitar algunas plantaciones de azúcar y de café. Salí a las cinco de la mañana acompañado por un caballero español, el cual tenía numerosas amistades en el distrito que me proponía visitar. Nuestro cortejo era digno de mencionarse, ya que consistía en una volanta, a la cual se le habían enjaezado tres mulas, una entre las barras y dos por el exterior de éstas, en la de la izquierda, montaba nuestro calesero, negro de gran estatura, pero tan extrañamente vestido que parecía sólo botas y sombrero. Mi criado, montado en un rocínante gris, cabalgaba detrás de nosotros y a la extrema retaguardia marchaba un negro montado sobre dos enormes bultos puestos de través sobre una mula, este último además actuaba de guía.

El lugar de nuestro destino, situado al Oeste de La Habana, era una plantación en las cercanías de San Marcos, propiedad de un caballero nombrado Don Dionisio Mantilla, el cual, de acuerdo con la muy liberal costumbre de la hospitalidad cubana, nos suministró el guía, la volanta y los mulos y caballos necesarios para el viaje.

En las dos primeras leguas el camino era tolerable, a esta distancia está el reservorio, que, por medio de un acueducto, provee de agua a La Habana y la línea de un ferrocarril que conduce al interior, para cuya construcción se emplean principalmente cuatrocientos o quinientos irlandeses y el hierro se importa de los Estados Unidos en lugar de Inglaterra.

Pronto pude verificar prácticamente la verdad de los relatos que sobre el estado de los caminos había oído, tuve, sin embargo, que consolarme pensando que estaba pasando por ellos en la mejor de las estaciones y que pocos eran siquiera parecidos al que en ese momento me hacía saltar constantemente. Bajo esas circunstancias miré con indiferencia las piedras de media yarda de alto y los huecos de media yarda de profundidad a través de los cuales las mulas y las ruedas se arrastraban y que ofrecían la mejor ilustración posible del viejo proverbio "salir del sartén para caer en el fuego".

El campo que atravesábamos era una gran novedad para mí, especialmente cuando recordaba que estamos en el medio del invierno. Campos de maíz y platanales nos circundaban por doquier mez-

clados con palmas, árboles del cacao, mangos, guayabos y cientos de otras variedades de árboles, la mayoría de ellos frutales. Las cercas estaban hermoseadas por flores de las más variadas tonalidades y aun los postes de las cercas contribuían a la belleza de la escena, pues eran en su mayoría, postes vivientes, unidos entre sí por tiras de cortezas y sembrados muy cercas uno de otros. Son de un árbol llamado "almácigo" y siempre que es cortado y hundido en la tierra, forma raíces y florece, formando por lo tanto una cerca verdeante, a través de la cual ni un chiquillo escoces de escuela ni una vaca irlandesa es capaz de llegar a las frutas que protege.

Los cambios del color de la tierra, eran sorprendentes. Al salir de La Habana era de color y calidad ligera, después que pasamos el acueducto, se fué volviendo cada vez más roja hasta que por último era como un campo de color de polvo de ladrillo obscuro, en los cerros era silicosa y bien pronto se evidenciaba bajo la capa de sílice la formación de coral.

En el camino nos tropezamos con gran números de enormes carretas tiradas por triples yuntas de bueyes y como una docena de campesinos montados en el pequeño e infatigable caballo, peculiar de esta isla. Todos los jinetes iban armados de pistolas en las cartucheras, de un largo machete y de un par de formidables espuelas, además llevaban un enorme látigo fabricado con cuero trenzado y con un mango pesadamente incrustado en plata, se sentaban sobre una especie de montura de la cual pendían dos enormes sacos de

lona, llenos de no sé qué y de éstos colgaban varias aves, pendientes por las patas, cacareando su canto de muerte en ruta hacia el mercado.

En una taberna a cinco leguas de la ciudad encontramos nuestro relevo de mulas, también suministradas por nuestro anfitrión.

Después de haber persuadido, no sin alguna dificultad, a mis acompañantes de que debíamos recomenzar el viaje, proseguimos éste con no pocas dificultades. Es bueno que señale aquí una particularidad que también me ocurrió una o dos veces en Norteamérica, es decir, que lo más alejado que se viaje del camino, es la mejor manera de hacerlo y por extraño que parezca, esto es lo mismo en muchos lugares de ambos países.

Tengo entendido que una de las leyes locales de Cuba, obliga a los propietarios a mantener en pasable estado el camino que pasa por su finca o por el contrario tiene la obligación de permitir al viajero que atraviese su propiedad, siendo esto último lo preferible, así cuando se encuentra un obstáculo demasiado alto o demasiado profundo, el calesero después de desmontarse y reconocer el lugar, empieza a echar abajo una cerca hasta abrir suficiente brecha que permita el paso de su trío de mulas y de su volanta, dirige tranquilamente su carruaje por la abertura y atraviesa los campos, derribando todas las cercas que se opongan a su paso. Como es natural estos procedimientos nos conducen a un cambio de insultos entre el viajero y el propietario de la cerca, pero este último no se atreve a levantar

su rifle y hacer fuego sobre el primero, como pasaría en los estados del Oeste de los Estados Unidos. Si los campesinos cubanos tuvieran la inteligencia o el trabajo de añadir a sus cerca un pequeño foso o se arreglarían los caminos de la Isla o los habitantes se verían obligados a dejar de viajar de otra manera que no fuera a lomo de caballo.

Después de un paseo peristáltico de tres o cuatro horas, llegamos a la plantación de Don Dionisio Mantilla. La casa era un limpio edificio cuadrado en el estilo propio de estas fincas. Al frente de uno de sus costados había un jardín luciendo en medio de este delicioso invierno las galas propias de un jardín europeo en medio del Verano. El confort y decorado del interior de la casa, eran testigos del buen gusto adquirido por el propietario en sus viajes por Europa. En la parte posterior de la casa y a poca distancia de ésta había una considerable fila de edificios que contenían todos los aparatos requeridos en los varios procesos de la fabricación del azúcar de caña, a cuyo ruido hacían eco los gritos y risas con que los negros acompañan su trabajo.

Durante el día visité todo el establecimiento y aunque seguramente a la mayoría de mis lectores le será familiar el asunto, daré una breve descripción de este lugar, ya que la plantación en que me encuentro es de gran nitidez y está muy convenientemente distribuída.

Bajo un enorme cobertizo rodeado de altas tongas de caña cortada, existen dos molinos movidos por sendas docenas de bueyes, los negrillos que los conducen,

sentados en los brazos de las máquinas mantienen un inmenso clamor con objeto de arrear los seis pares de bueyes. Esta parte de la operación se realiza frecuentemente y con mayor éxito por medio del vapor. Cada uno de estos molinos tiene tres cilindros o rolletes que giran en sentido contrario, dejando entre sí un pequeño espacio, alimentado con caña de azúcar por dos o tres negros que están encargados de esta operación.

La caña es así triturada y todo el jugo extraído, habiendo hombres y mujeres que se ocupan de retirar el bagazo que queda. De este cobertizo dos tubos conducen el sacarino líquido a unos enormes depósitos donde sufre varios procesos de hervidura mediante los cuales suben a la superficie ciertas impurezas que son retirada por negros armados de largos cucharones.

Una vez enfriado el líquido es filtrado por sacos de tejido de lana y depositado en grandes vasijas de aspecto de florero, donde es mezclado con una arcilla especial que contiene entre otros ingredientes cierta especie de cal.

Estos recipientes son depositados en los agujeros hechos a un tablado, bajo el cual se encuentran unos canales que conducen a otros recipientes mayores, una vez extraídas por este procedimiento las mieles, se vuelcan los recipientes y el azúcar es separada de la arcilla.

El pan de azúcar resultante se divide en trozos de acuerdo con la calidad del mismo, siendo la mejor la que se encuentra en la base del cono y gradualmente inferior hasta el vértice del mismo.

Después de poner al azúcar a secar al sol por unos días, se empaca en cajas quedando lista para la exportación.

Mientras tanto las mieles se someten a otro procesos para ser vendidas como tales o se llevan a la destilería donde se convierten en aguardiente a gusto del propietario.

Nada se pierde en esta operación ya que los residuos se utilizan para el engorde de los puertos y las vacas y el bagazo extraído de los molinos después de secado en otro cobertizo, se convierte en un magnífico combustible para los hornos.

Después de una visita al Mariel, seguimos en dirección sur hacia el distrito llamado San Marcos. Nuestro camino nos llevó por algunas millas por un terreno áspero y desolado sin que el paisaje tuviera la más pequeña variedad o interés, después de viajar por unas doce o quince millas llegamos a una elevada llanura de tierra extremadamente roja y mi compañero de viaje me informó que estábamos en el Distrito de San Marcos. Nuestra volanta se deslizó suavemente a través del más bello jardín que jamás hubiera visto y aunque este término puede parecer extraño, no por ello es menos cierto ya que todo el distrito aludido no es más que un inmenso jardín. Los lados del camino estaban flanqueados por hileras de palmas reales y las cercas eran de hermosos limoneros, cada cuarto de hora pasábo frente a alguna portada de hierro que formaba la entrada de una plantación, aquí denominada "cafetal" y la vista descansaba en el lujurioso verdor avivado aún

en esta estación con muchas frutas y flores.

Al fin llegamos a la plantación de Don C..., el caballero en cuya casa nos proponíamos pasar un día. Encontramos la familia en el comedor y después de las cortesías usuales de presentación, fuimos invitados a sentarnos en la mesa, sin que hubiera mucha ceremonia ni ostentación pero sí muchas atenciones y hospitalidad.

Nuestro venerable anfitrión era uno de los más extraordinarios ejemplos de saludable y alegre ancianidad y aunque no se conocían el exacto número de años que tenía, se sabía que pasaban de ochenta y seis. Se levantaba a las cuatro o cinco de la mañana y paseaba a pie por su hacienda, tomaba un buen desayuno y se pasaba el día entre árboles y frutas. Creo que es de origen francés y residía en Santo Domingo hasta que la revolución de dicha Isla lo hizo emigrar a Cuba.

Su conversación es muy animada y es una pintoresca mezcla de francés y español. En tanto pude discernir sus prejuicios no lo obligan a cualquiera de los dos idiomas ya que en cada frase usa la misma cantidad de palabras de cada idioma. El resto de la familia consistía en su hijo y su nuera, mujer muy bella y agradable con dos o tres hijos.

Después de comer salimos a visitar un cafetal llamado "Pontón", que es uno de los mejores de la Isla. Se entraba por una magnífica avenida de palmas de cien yardas de ancho y a cuyos lados había dos avenidas paralelas más estrechas como las del gran paseo de Windsor. Por entre las palmas se divisaba un ilimitado espacio de

magnífico verdor. Más allá de la avenida se encontraba el café, árbol algo parecido al laurel de Portugal, pero de forma más delicada y regular, las inmensas hojas de los plátanos le daban sombra y ofrecían protección al precioso arbusto de los rayos ardientes del sol. En todas direcciones se encuentran numerosos árboles, frutales en su mayoría.

Al llegar a la casa que generalmente es un confortable edificio en el estilo de las granjas se ve antes de llegar a él, y separados por cuadros de césped una larga hilera de edificios para la recepción y almacenaje del café o para su escogida y numerosos cuadriláteros de ladrillos rodeados de bajos muros para secar el café al sol. Un poco más lejos hay un espacio oblongo, alrededor del cual se fabrican las chozas de los esclavos, cuyas puertas y ventanas abren hacia el interior de éste, el cual de noche es cerrado con una verja de hierro, además de estas precauciones generalmente hay uno o dos serenos y algunos fieros perros que están sueltos por la noche, sin embargo a pesar de estas precauciones muchos se escapan a las montañas donde viven miserablemente de las frutas o de la poca caza que se atravesaba en sus correrías.

Alrededor de la casa hay un bello jardín de flores habiendo además una estatua de mármol sin que pudiera adivinar qué deidad representaba.

En el lado opuesto de la casa hay otra avenida, pero compuesta de árboles de

mango que dan una magnífica sombra a la avenida, y en ángulo recto a estas avenidas al llegar al final del jardín, se encuentran otras tan bellas como ésta, sólo un poco de agua y unas montañas hacen falta para hacer de este lugar un edén.

La mayoría de estos cafetales tienen muy bellos nombres, ya que parece ser un gentil y acostumbrado cumplido de los nobles españoles denominar a sus haciendas con el nombre de pila de sus prometidas. En las cercanías de este lugar existen algunos escritos en letras de hierro o doradas a la entrada que se llaman "La Matilde", propiedad del Marqués de los Arcos, "La Catalina", "La Serafina", etcétera.

Este distrito de la Isla será pronto más bello de lo que es, ya habiéndose descubierto recientemente que el café no se daña con la sombra, se plantarán muchos más árboles, ya he pasado por un cafetal que era casi un bosque de todas las variedades de árboles frutales, entre ellos había dispersos algunos plátanos, y en lo bajo se veía un verde mar de café. En el verano y la primavera cuando está en flor, desafío a la más romántica imaginación a que conciba el soberbio efecto que presenta.

Después de pasar un día y medio en este delicioso distrito nos preparamos para volver a casa de Don Dionisio Mantilla y gracias a la providencia y no al calesero llegamos sano y salvo y a la mañana siguiente retornamos a La Habana.

SIR CHARLES AUGUSTUS MURRAY

(Traducción de Rodolfo Tro.)

Notas

EN LA CALZADA DE JESUS DEL MONTE

Si es justo medir la profundidad de un movimiento poético según la celeridad y solidez con que haya sabido crearse una tradición propia, este libro de Eliseo Diego ⁽¹⁾ nos trae la prueba más rotunda de que nuestra poesía desde 1937 se adentra por caminos de sustancia.

Que en un país cualquiera surjan artistas de excepción es una posibilidad que, como la de los cataclismos o los milagros, existe siempre. Hay, por otra parte, poetas que necesitan reaccionar de continuo contra las cristalizaciones e incluso contra las propensiones más legítimas de su contorno cultural y aún de sí mismos, para entrar en contacto con la alegría creadora. Pero un movimiento espiritual significa desde luego una "intención" hija de una sed misteriosamente compartida e irresistible, que aspira a madurar objetivándose. En qué consisten esa sed y esa intención, cuáles sean sus orígenes y su verdadero fin, por qué soplan las metamorfosis en un sentido y no en el otro, son cuestiones que se diafanizan solas con el despliegue de lo que constituye su enigma y su semilla. Porque todo movimiento literario es movimiento del alma, y la historia del alma es siempre tradición, tiempo intencional que se trasciende, cul-

(1) Ediciones "Orígenes", 1949.

tura. Cuando estas claras jerarquías sazonan, aunque sea en un aislado círculo y dentro de un país en que los soportes orgánicos de la cultura integral no existen, aparece de todos modos el estilo razonable y sosegado, la consumación aristocrática del heredero.

La irreductible aventura de nuestra última poesía viene así a sosegarse, aceptando el primer gran oasis de su rápida historia, en el libro de un poeta que es precisamente lo contrario de lo que se suele llamar un poeta de inquietudes o problemas, y que no ha sufrido siquiera, o al menos en su obra no ha encarnado, las perplejidades y los desgarramientos de ese mismo proceso que sin embargo lo alimenta y posibilita la originalidad y madurez de su expresión. No nos parece, pues, fortuito el hecho de que Eliseo Diego, durante años de crucial actividad poética entre nosotros, se mantuviese alejado y absorto en sus crónicas, en sus "divertimentos"; y que éste su primer libro de poemas nos entregue la homogénea densidad de un fruto al que no ha faltado una sola gota de rocío. Muchos caminos han tenido que ser abiertos o desechados, esenciales preguntas y una cierta tensión espiritual establecidas, antes que tan profunda naturalidad poética brotase silenciosamente para nosotros.

Menester principalísimo de la poesía es, en efecto, lograr que una nueva libertad

y naturalidad nos sean posibles allí donde la frecuentación utilitaria lo ha manchado y encadenado todo, y donde sin embargo se oculta el tesoro de esencias de nuestra vida: en lo que llamamos la realidad inmediata, cifra de lejanías y del imposible original en que se funda la existencia humana. Porque esa realidad que diríase un primer dato incuestionable y un punto de partida para cualquier aventura del espíritu, se nos revela como el hogar más lejano y difícil en cuanto queremos desentrañar su sentido, aprehender su trascendencia en nuestras almas. Y sin duda el poeta no puede proponerse más grande hazaña que la de cantar aquello que sus manos de carne y hueso están tocando. Solamente *después* del viaje al infinito, a los abismos de las tentaciones y las posibilidades ("Enfer ou Ciel, qu'importe? Au fond de l'Inconnu pour trouver du nouveau!"), puede la mirada iluminar lo que forma la invisibilidad de su costumbre, redescubriendo el esplendor y la misericordia de la Creación.

En ese momento esencialmente posterior de la sobre-naturalidad y la alabanza coloca el libro de Eliseo Diego a nuestra poesía; mas no debemos olvidar la atmósfera y los caracteres ya adquiridos con que nuestra poesía necesariamente ha de condicionar los rasgos específicos de su empresa. Destacamos en primer término el impetuoso signo de *insaciabilidad*; en seguida, el propósito visible de cuajar un *organismo retórico* cerrado y perdurable. Ambos caracteres se entrelazan para propiciar el rico y espeso equilibrio de los

poemas que comentamos; y evidentemente no había entre nosotros nadie mejor dotado que Eliseo Diego para verificar esa nueva proporción que descubre un alimento poético y religioso de inesperada magnitud: la forma razonable del frenesí, el hogar fundado en los tuétanos de la aventura. Podemos repasar ahora sus prosas anteriores, *En las oscuras manos del olvido* y *Divertimentos*, comprobando esas virtudes que lo destinaban al trabajo de sosegar y, en el más profundo sentido, *espaciar* nuestra poesía, sin que por lo demás perdiese ninguno de sus gérmenes mejores ni la dirección misteriosa que hace de ella un movimiento. Porque Eliseo Diego significa entre nosotros la presencia de lo que Joubert llamaba "un espíritu espacioso", la memoria, que en otros se vuelve instrumento de delicia o de imposible, es en sus manos una materia de deslumbrada pesadumbre con la cual edificar despaciosamente los símbolos del alma. Allí donde algunos quisieran darnos la flecha de la memoria, él nos regala la mansión de la memoria. ¿Y cómo sería esto posible sin la inocente y absoluta disponibilidad para aceptar el canon retórico, la respetuosa y solemne opulencia que es el estilo propio del heredero?

"Y ahora es el tiempo de levantarme y de trazar mi amplio gesto diciendo: luego de la primera muerte, señores, las imágenes."

Memoria entretrejida de las imágenes de la infancia, de la patria virginal y de las figuras o revelaciones sagradas de la es-

pecie, todo ello debe encarnarlo el heredero en la arcilla más prudente y suntuosa de su idioma, en el discurso que llega a una tensión en que la retórica es el sello espontáneo y sustancial de la alabanza. Porque a su vez la alabanza nos descubre el estado de pobreza, sustancia inexpugnable del cristiano. Recordemos la página maravillosa de Bloy: "Quand on interroge Dieu, Il répond que c'est Lui qui est le Pauvre: *Ego sum pauper*. Quand on ne l'interroge pas, Il étale sa magnificence. La Création paraît être une fleur de la Pauvreté infinie..." Así el infinito esplendor y la pobreza infinita se transubstancian en la unidad del Libro Sagrado como en los mayores misterios del catolicismo. Por eso Eliseo Diego, al final de *El Segundo Discurso: Aquí un momento* (árbol poético de "la extraña conciliación de los días de la semana con la eternidad"), nos dice que la mirada misma, origen y cifra del conocimiento y la alabanza, "en la pobreza intacta del polvo se resume"; y a todo lo largo y hondo del libro resplandece la vocación de alabanza encarnada en la aplastante pesadumbre de la Culpa que se entrehila con los colores purísimos, opulentos de pobreza, del éxtasis de lo Creado.

"Y nombraré las cosas, tan despacio que cuando pierda el Paraíso de mi calle y mis olvidos me la vuelvan sueño, pueda llamarlas de pronto con el alba."

Poesía discursiva que es salmo y testimonio ("Escribo todo esto con la melancolía de quien redacta un documento"),

aún los incesantes adjetivos que utiliza tienen el volumen, la calidad imperativa y fraguada del nombre. Discurso poético de cosas nombradas con pródigo fervor, de sustantivos pesantes y abrumados ("puesto a mirar les oigo las diferentes formas de pesar sobre el mundo"), tres símbolos fundamentales, pertenecientes en diversas jerarquías al orbe de lo que se edifica, de lo arquitectural católico, lo organizan y obsesionan: la piedra, la penumbra, el polvo. Veamos brevemente sus sentidos.

La piedra comparece ante todo en relación íntima con el espacio desembarazado y libre cuya posesión graciosa es característica del heredero:

"sitios de piedra decidida y limpia"

"Estaba la Calzada hecha de sucesivas piedras como los versos bien trabados de un salmo"

"Sobre la desolada perfección de lo pétreo sin caridad elevan una muralla que no conoce término"

"En qué piedras desiertas durmió la noche solitaria,

la madre, la mendiga nuestra de huesos anchos y hondos"

En seguida se especifica como cualidad simbólica del tiempo acumulado ciegamente en la memoria, levantando la resistencia inmóvil de lo perdido, "la espesura petrificada de los años", o del tiempo inmemorial, dogmático, del hijo: "Padre mío (Adán), contén pétreo de mi resuello". Por último, es la piedra trabajada por el drama del hombre como edificación y fantasía contra la muerte y la nada, vida

religiosa de la piedra pacífica, barroca o sacramental en las mansiones, los jardines, las catedrales:

"En procesión muy lenta figuran las columnas el reposo"

"Las japonesas cuevas, escasas y profundas con la profundidad de una noche pintada en una tabla"

"los gobernados arroyuelos de piedra por donde navegaban los bergantines dorados de las hojas"

"y al fin, oh mis señores de piel raída por la lluvia

que vomitan las gárgolas atoradas mortalmente,

vosotros, contrafuertes pardos, iglesias, castellanos"

Significando la intimidad criolla protegida por la dureza hispánica y maternal de la piedra, se define amorosamente la penumbra (frescor de hojas, melancolía, noble voluptuosidad) como esencia de nuestra dicha, "deleitosa paño" de la mirada. Asoma unas veces con la mágica gracia de los espacios que silenciosamente se abren en las tardes del campo y de los barrios: penumbra rural o marina, corazón del aire nuestro:

"pero qué suave alabanza si abriesen la portada,

sería la redonda meditación de las lomas que contemplan los viajes y la desesperanza de mi puerto

para el dulce tamaño de la vida que miden estas lejanías"

Otras veces dibuja en la memoria sitios "donde gustamos las costumbres, las distracciones y demoras de la suerte", como "el ceniciento Paso de nuestras Aguas Dulces, el siempre atardecido", o aquel rincón "sobre los lomos de la roca", en el que

"hay una iglesia, unos álamos, unos bancos muy viejos

y una penumbra bondadosa que siempre se ha prestado grave a los recuerdos"

Pero es sobre todo y centralmente la penumbra del interior sagrado de la casa, misteriosa carne de la familia, del hogar:

"La penumbra del patio, suave y honda cobija de la luna bajo nocturnos plátanos, esparciendo su aroma, la nostalgia, la familiar distancia de sus astros, enamora mis ojos, los descansa como la noche o mi perdida casa."

Finalmente encontramos, deshaciendo la piedra y la penumbra, el edificio y la mirada, la presencia agobiadora y el símbolo universal del polvo retornando con grave obstinación. Así los cubanísimos portales

"acumulaban polvo, eran lujosos en polvo como los majestuosos pobres

cuando pasean los caminos cubriéndose de polvo desde los anchos pechos

como si el polvo de la Creación fuese la ropa familiar de un hombre"

Y hacia el final del libro, anunciando ya *Los Portales, la Noche*, círculo máximo

alcanzado en el despacioso crecimiento y en la desnudez de sus intuiciones, el poeta exclama:

"y daba vértigos saber cómo un mismo polvo con el polvo de Roma les devoraba las sienas"

Pero en el ámbito de la revelación cristiana el polvo alude tanto a la vanidad del mundo como a la misericordia de la resurrección, y es al fondo de la noche de este misterio donde la luz "en esta isla pequeña rodeada por Dios en todas partes", "la demasiada luz" que "forma otras paredes con el polvo", también enciende los *colores de anunciación* que atraviesan la niebla de la pesadumbre como actos de fe: colores de baraja española y vitrales franceses, melancólicos destellos en las mamparas criollas, el púrpura, el oro, el bermejo, el amarillo, el añil, gozosamente triunfan sobre "el tedio voraz del color blanco", "sobre la cal desierta del pecado". Y sosteniéndolos a todos, como el polvo a la piedra y la penumbra, como la pobreza a la alabanza, el pardo, color místico de la materia.

En un mundo poético tan reciamente constituido, la experiencia, y su indisoluble compañera la esperanza, no han de proceder por imprevistas, devoradoras irrupciones; más bien tienden a integrar categorías sólidas, lentas en el desarrollo total de sus significados, inmutables en sus estructuras. Así como hay poetas en los que el río de las intuiciones es más

rápido que la mirada, o que deben efectuar sutiles y vertiginosas astucias para sorprender siquiera el escorzo de la intuición, Eliseo Diego tiene en todo momento sus visiones inmóviles ante sí, puede palparlas con tiempo sobrado y espacio suficiente. Nacen entre él y las cosas la lejanía y "el ocio profundo" necesarios para que madure, no ya el poema de perfil cinegético, sino el "cántico", la posesión poética. Tal es al menos el rumbo que su poesía le imprime a aquel signo de insaciabilidad de que hablamos, y que en él parece reducirse cada vez más a la función de enriquecer el verbo de la alabanza, separándose del objeto mismo de su contemplación. Por ello lo que ofrece no es una suma de asaltos o alusiones, sino un repertorio de temas perfectamente definidos en su dibujo, sus colores y su valor: verdadera baraja poética con la que hace un juego limpio y paciente, a imitación del juego natural de los días:

"Cómo pesa mi nombre, qué maciza paciencia para jugar sus días"

"¿barajas las semanas?"

"breve Creación que su paciencia llena de alucinantes oros y caballos."

Fe y barajar, el hermoso refrán que repetía Sancho, parece convertirse en divisa de poeta católico que se atiene a la razonable libertad de elección, sin pretender la soberbia libertad desde la nada: elección en la baraja de la vida, donde se oculta el confundidor, el Maligno ("el abrigo luzbel de la baraja"). Y así entre sus temas incesantemente barajados nos

inundan con luz especial algunas cartas decisivas, que forman la serie de Las Costumbres o Las Edificaciones. Compruebe el lector la primacía de imágenes y símbolos como: el velorio, el juego mismo de barajas, las manos cruzadas sobre la mesa o sobre el pecho (del muerto, de Dios), la solemnidad de los lugares ("el Paso crepuscular de Agua Dulce", "Luyanó y Jesús del Monte, resplandeciendo sus torsos", el "rincón de Apolo o de Santiago el de las Vegas", "las llanuras marítimas del Camagüey, el silencioso", "el cementerio mudo de Colón, que tememos"), la solemnidad de las figuras y las cosas cotidianas: *El Pobre, La Muchacha, El Comerciante, El Retrato de Carlos Manuel de Céspedes, La Tela, El omnibus oscuro y el tranvía*. Y por encima de todo ello, emergiendo de la nada del Génesis—o de la bondad de la elección—contra la nada de la Culpa, las revelaciones divinas (el rostro del hombre; Adán, Caín, Abel, Moisés) y los edificios humanos en círculos concéntricos alrededor de la fe: la República, la "torre de Iberia", Roma.

No puede ocultársenos, a la vista de tan rápida síntesis de la osatura del libro, la significación más trascendente que lo anima: la de situarnos—casi diría, amurallarnos—dentro de la memoria y el espacio del mundo. Quiere el poeta no sólo grabar los secretos de la infancia y de la isla sobre el fondo entrañable de "la Calzada más bien enorme de Jesús del Monte", sino también dibujar para todos el árbol de la vida histórica, el árbol genealógico de nuestra sangre y nuestro espí-

ritu. Sabemos que la poesía cubana de los últimos años, queriéndolo o no, ha emprendido una aventura que ampliamente rebasa los contornos discernibles del lirismo. Por diversas razones que no podemos considerar aquí, es lo cierto que avances muy profundos hacia la integración de la isla en la Historia y la Novela (o lo que es lo mismo, hacia la coherencia y la intimidad dentro de un Orbe cultural que tiene a Roma por centro), han debido encarnar en los raptos de nuestra poesía. Y precisamente a esta luz el libro de Eliseo Diego, tan ansioso de las formas poéticas y vitales "bien nacidas", adquiere un relieve excepcional. Presidiéndolo se levantan esos versos singularmente dramáticos, que recogen con robusta claridad la profesión de fe más perdurable de la presente generación poética cubana:

*"Dicen que soy reciente, de ayer mismo,
que nada tengo en qué pensar, que baile
como los frutos que la demencia impulsa.
Si dejo de soñar quién nos abriga, entonces,
si dejo de pensar este sueño
con qué lengua dirán
éste inventó edades si nadie ya las habrá
nunca."*

Más ciertamente no somos—he aquí lo que viene a comprobarnos este cántico de Eliseo Diego—advenedizos engendrados en el azar y la demencia, sino criaturas del sueño más luminoso de la Historia: criaturas separadas de sí mismas por todo el espacio hermético del futuro. Y porque

buscamos a través de las tinieblas el río de los Padres y de la posteridad; porque el sueño de la poesía es la sustancia de la vida, lo que nos vuelve "reales como los ángeles" y lo único que podrá salvarnos

dél espantoso frío de la nada, "invéntense los jueves, los unicornios, los ciervos y los asnos": madure para nosotros, como este libro lo anuncia, la fábula y el misterio de la Realidad.

CINTIO VITIER

Señales

LA OTRA DESINTEGRACION

CERCA del índice crítico que señala la falta de imaginación estatal, que no es en definitiva sino la ausencia de una proyección o impulsión por zonas más espléndidas, es necesario ir ya entregando las formas superadoras de esa desintegración. Si ese señalamiento es esencialmente crítico, su remedio tendrá que brotar de creación y de imagen. Es decir, no caer en el burdo maniqueísmo de señalar el mal y el paso del Maligno, sino también, y en eso nos tocamos y nos exigimos, de situarnos dentro de lo que Platón denominaba el conocimiento erótico. Ya Valéry había subrayado que la inteligencia europea había sido siempre muy superior a la política europea, y que eso había sido la salvación de Europa. La tradición romántica de embriaguez y ensueño se entrelazaba, se oponía—la evidenciaba—, a la otra tradición goethiana de claridad y alegría serena. Y así siempre dentro de los esperados causalismos en que se endurecen las formas estatales, el hombre europeo mostraba junto con la infinitud de su espiral de conocimiento, las posibilidades de otras aventuras, donde el hombre podía rescatar su doble esencial destino: un conocimiento de lo otro y de lo múltiple, permaneciendo al mismo tiempo incesantemente tentador y oscuro.

Medio siglo es unidad de tiempo apreciable para cualquier conclusión. Lo que fué para nosotros integración y espiral ascensional en el siglo XIX, se trueca en desintegración en el XX. ¿Por qué acaeció así? Las conspiraciones bolivarianas, las guerras del 68 y del 95, Martí, la propaganda autonomista, eran proyecciones que no han tenido par en el medio siglo subsiguiente. Y en verdad que eran necesarias, pues su ausencia motivó el desplome y la intimidación en el siglo XX. Aún los *jouissers* más optimistas, tendrán que reconocer que las fuerzas de desintegración han sido muy superiores a las que en un estado marchan formando su contrapunto y la adecuación de sus respuestas. A la honradez municipal y foradada de los primeros años republicanos, ocasional y pintada, desde luego, pues si en aquellos venturosos años eran diez las familias que salieron beneficiadas de empréstitos y contratos, hoy son cien las que salen de cada Gobierno girando contra su propio banquero, que es la hacienda pública. Esa corriente, honda en lo negativo, indetenible casi, hubiera podido ser contrastada si en otros sectores del gusto y de la sensibilidad, se hubiera proyectado un deseo de crear, de mantener una actitud de búsqueda de lo capital y secreto. No es que intentemos paralelizar una situación y un remedio traído de la Francia del siglo XIX, de la que se decía que por ser potencia de creación intelectual, había creado el mito de que era una gran potencia militar,

pero sí indicar que un país frustrado en lo esencial político, puede alcanzar virtudes y expresiones por otros cotos de mayor realeza. Y es más profundo, como que arranca de las fuentes mismas de la creación, la actitud ética que se deriva de lo bello alcanzado, que el simple puritanismo, murciélagos de los sentidos y decapitador de sus halagos. Si una novela nuestra tocase en lo visible y más lejano, nuestro contrapunto y toque de realidades, muchas de esas pesadeces o lascivias, se desvanecerían al presentarse como cuerpo visto y tocado, como enemigo que va a ser reemplazado. Si una poesía de alguno de los nuestros alcanzase tal tejido que mostrase en su esbeltez una realidad aún intocada, aunque deseosa de su encarnación, por tal motivo cobraría su tiempo histórico, recogeríamos claridades y agudezas que despertarían advertencias fieles. Pues el remolino de una imagen encarna al dominar la materia que se configura en símbolo. Ya en otra ocasión dijimos que entre nosotros, había que crear la tradición por futuridad, una imagen que busca su encarnación, su realización en el tiempo histórico, en la metáfora que participa.

LAS MORADAS

REVISTA DE LAS ARTES Y LAS LETRAS

•
Director:

EMILIO ADOLFO WESTPHALEN

•
Dirección:

Apartado 1020, Lima, Perú

PRECIO DE SUSCRIPCIÓN: 3 DOLARES

INVENTARIO

Revista trimestral publicada por Fratelli Parenti,
Via XX Settembre 30, Florencia, Italia.

•
DIRIGEN:

L. BERTI y R. POGGIOLI

•
Suscripción: \$6 para las Américas.

Agentes: G. E. Stechert & Co.
31 E 10th St., New York City, N. Y.

SUSCRIBASE A LA REVISTA

Sur

Dirigida por
VICTORIA OCAMPO

San Martín 689, Buenos Aires, Argentina

•
Presenta los más selectos escritores

POÉSIE 47

PIERRE SEGHERS
Directeur

LA GRANDE REVUE FRANÇAISE
DE CULTURE GÉNÉRALE

"Le millésime change, la qualité
demeure". — La Gazette des
Lettres.

"Ne saurait se dire informé sur
ce temps qui ne lirait pas Poésie
46". — Bulletin Critique du
Livre Français.

♦
216, BOULEVARD RASPAIL,
PARIS (XIV), France.

LETRAS DE MEXICO

Gaceta literaria y artística

DIRECTOR: ERMILO ABREU GOMEZ

TARIFA DE SUSCRIPCIONES:

En México, Centro y Sudamérica:
Un año (doce números) . . \$5.00

En otros países:
Un año (doce números) Dlls. \$ 1.50

ADMINISTRACION
Palma 10 despacho 52 México, D. F.

THE TIGER'S EYE

•
Editor: RUTH STEPHAN
Art Editor: JOHN STEPHAN

•
ADDRESS: Stone Legend
WESTPORT, CONN.

Ediciones:

ORIGENES

Publicados:

José Lezama Lima: *Aventuras sigilosas*
Cintio Vitier: *De mi provincia*
Eliseo Diego: *Divertimentos*
Octavio Smith: *Del furtivo destierro*
Fina García Marruz: *Transfiguración de
Jesús en el Monte*
Lorenzo García Vega: *SUITE para la es-
pera*
Cintio Vitier: *Diez poetas cubanos*
Paul Valéry: *La Joven Parca* (Traduc-
ción de M. Brull)
Eliseo Diego: *Calzada de Jesús del Monte*
Cintio Vitier: *El Hogar y el Olvido*